

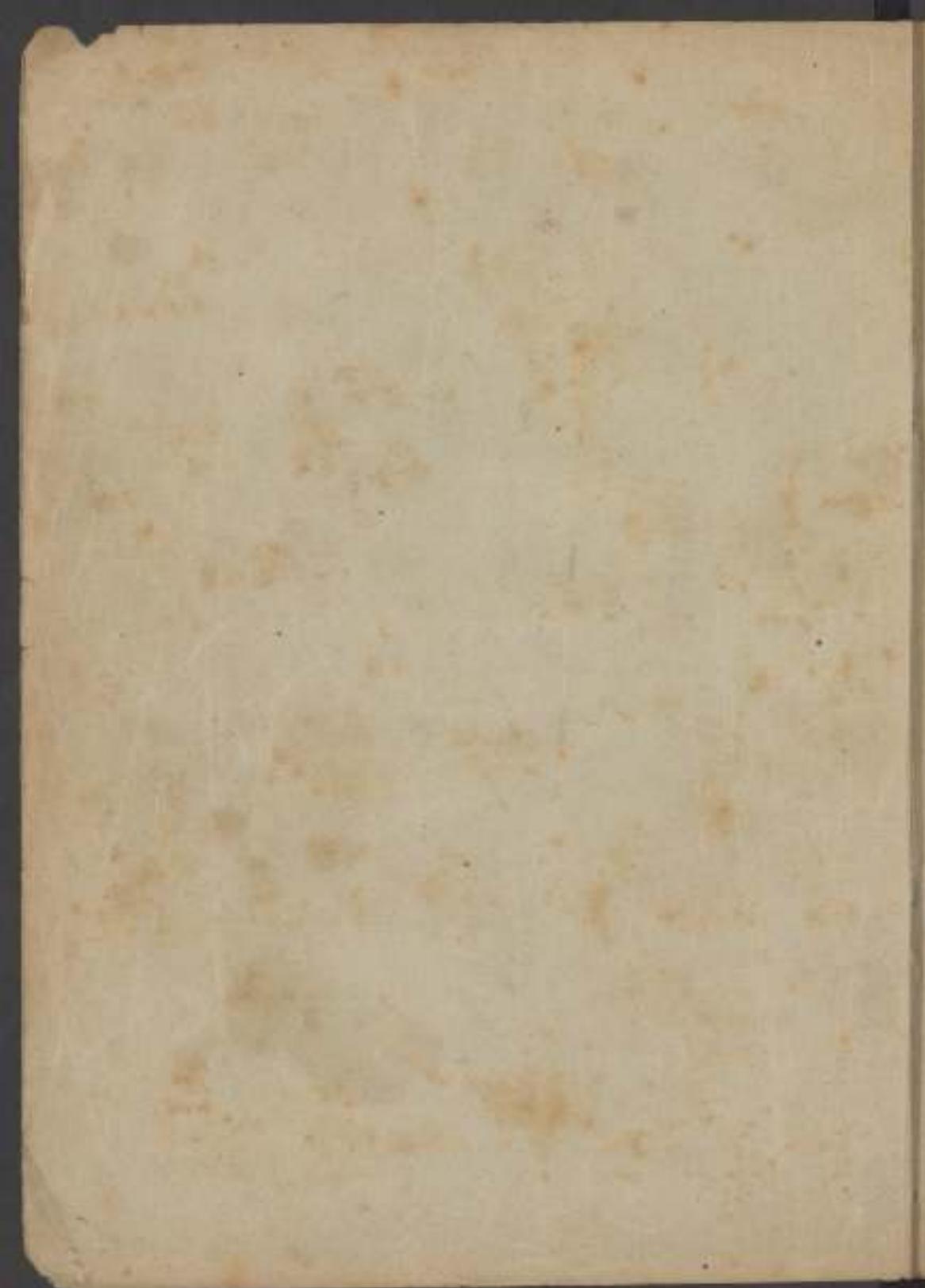


**MARIA
ILONA**

PAULA WESSELY - WILLY BIRGEL

Editorial  **Alas**

EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS



Brigida Sanchez



Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - Valencia, 234 - Tel. 70657 - BARCELONA

R. 79 (MARIA) B. 2

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Fundador y Director: RAMÓN SALA VERDAGUER
Director literario: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Aparado Correas, 707 - Teléf. 70657 - Barcelona
AGENTE G. S. VENTAS
Sociedad General Española de Librería - Barrios, 14 y 16 - Barcelona

EDITORIAL



Publicación Semanal

Año XIV

AQUEST NOMBRE
ESTÀ EXEMPT DE
PRÉSTIG

MARIA ILONA

ARRANCADO de un hecho histórico, se ha conseguido crear un intenso poema dramático. En él, el amor, los grandes ideales y el sentimiento de patria, juegan el principal papel, luchando entre sí. Son bellos momentos de un interés insospechado plasimados con realismo sorprendente que produce en cada momento el anhelo de conocer el final de la hermosa historia de amor que unió a dos corazones, a quienes la política se empeñaba en distanciar.



CREACIÓN DE LOS ARTISTAS

PAULA WESSELY - WILLY BIRGEL

PRODUCCION:

H. I. A.

Consejo de Ciento, 292 -



R 5.197

INTÉRPRETES PRINCIPALES

<i>María IIona.</i>	PAULA WESSELY
<i>Carlos de Schwarzenberg.</i>	WILLY BIRGEL
<i>Emperador de Austria.</i> .	Paul Horbiger
<i>Francisco José.</i>	Otto Wernicke
<i>Príncipe de Windisgratz.</i>	Hermann Brix

DIRECTOR: **GEZA VON BOLVARY**

Argumento novelado por
MANUEL NIETO GALÁN

MARIA ILONA

RESUMEN NOVELADO
DE LA PELÍCULA

Brigida Lanchiz

EL PATRIOTA KOSSUTH

AUSTRIA, gobernada por los Habsburgo, se encontraba en guerra con otros estados europeos y para sostener sus ambiciones el pueblo húngaro se veía continuamente desposeído de cuanto tenía. Pero no era esto solamente lo que hacía sufrir a los húngaros, sino que además de aquel despojo de todo lo suyo, los austriacos cometían con ellos tales injusticias y vejaciones, que al fin la llama de la insubordinación germinó entre el oprimido pueblo y empezó a fructificar un odio grande contra Austria y sus gobernantes.

Mas a pesar de todo ello, el pueblo húngaro seguía callando, por

que le faltaba el hombre providencial, ese hombre que siempre nace en todos los momentos críticos de los pueblos, que lanzase el grito de rebeldía y tras él corriesen todos los buenos patriotas.

Y el hombre salió, se personificó en un tal Kossuth, antiguo político y por quien los húngaros sentían verdadera veneración. A él acudieron en demanda de protección y Kossuth apuró todos los medios convincentes para evitar aquel trato a la nación húngara sin conseguir nada más que palabras de desprecios y falsas promesas que jamás quedaron cumplidas.

Desde el primer instante Kossuth comprendió que nada podía hacer,

que era preciso sublevarse contra aquel estado de cosas, pero le faltaba la espada que guiase al pueblo decidido a morir por salvar sus derechos.

El ejército húngaro estaba al servicio de los Habsburgo, si bien sabía Kossuth que la mayoría de los oficiales húngaros se alistaría voluntariamente para salvar su patria y desertarían de las filas del ejército austriaco. Y con esta convicción empezó sus trabajos para atraérselos, hasta que por fin pudo saber que ni uno solo se negaba a ayudarle.

La respuesta se la trajo el capitán Goerguey, de guarnición en Viena, y Kossuth reunió a todos los principales de Hungría a quienes les dijo:

—Nosotros, los húngaros, necesitamos a nuestros hijos, a nuestros hermanos y a nuestros padres... ¿Qué nos importan las guerras que los Habsburgo sostengan con países extranjeros?... ¿Se acerca la hora de nuestra libertad... Ya tenemos ejército y sólo nos faltan oficiales! Capitán Goerguey, cuando regresé a Viena dígame a los oficiales húngaros, nuestros hermanos, que la patria tiene necesidad de ellos.

Y a partir de este momento, o mejor dicho, desde el regreso del capitán Goerguey a Viena, la oficia-

lidad del ejército fué desertando de las guarniciones austriacas, hasta el punto de que el Estado Mayor austriaco se vió precisado a tomar medidas enérgicas para evitar que todos aquellos oficiales fuesen engrosando las filas del ejército húngaro que se estaba formando en una de las regiones sublevadas.

Mientras tanto, en el Palacio Imperial de Viena seguían las intrigas de la madre del Archiduque Francisco José, quien intentaba que el kaiser Fernando abdicase en favor de su hijo. El kaiser, hombre ya de bastante edad, poco a poco iba abandonando los asuntos de Estado y se entregaba a su distracción favorita, que eran las antigüedades. Esto daba lugar a que el mariscal Windischgratz aprovechara el tiempo para seguir su persecución contra los húngaros, ya que como militar creía que todas las cosas no tenían más arreglo que el de las armas.

No compartía este mismo criterio el conde Schwarzenberg, hábil diplomático que había ocupado importantes cancillerías y que actualmente esperaba ocupar el ministerio de Estado. Tenía fama de ser hombre que había corrido varias aventuras galantes y sobre todo se le reconocía un talento extraordinario y un don de gente que le hacía

atractivo apenas se hablaba con él una vez.

Hacia algunas semanas de la insurrección de aquella parte de Hungría, cuando en el Palacio Imperial de Viena se celebraba un baile de gala, al cual había sido invitada toda la nobleza y algunos oficiales.

Hacia cerca de media hora que había empezado la fiesta cuando aparecieron varios oficiales en palacio. Todos eran húngaros y pertenecían a la Guardia Noble Húngara, los cuales siempre habían disfrutado de privilegios especiales. Entre ellos iba un joven teniente llamado Inrei Ilona, muchacho de un temperamento audaz y perteneciente a una de las más antiguas familias de la nobleza húngara. Al entrar los oficiales en palacio el mayordomo anunció su llegada diciendo:

—¡El comandante Mezaros!

Salió a recibirlos el Chambelán y el comandante se cuadró militarmente ante él saludándole, lo mismo que los demás oficiales.

El Chambelán, en vez de responder a su saludo, les dijo:

—No puedo dejaros pasar a vos ni a vuestros oficiales.

El comandante expresó el mismo gesto de extrañeza que los oficiales y respondió:

—Perdonad, excelencia, no comprendo... Hemos sido invitados.

—No lo dudo, señor comandante... Sólo que los oficiales de la Guardia Noble Húngara no han sido invitados... «lo fueron».

—¿Lo fueron?—preguntó, sin saber qué hacer el comandante.

—Sí. Por orden del Feid Mariscal Windisgratz... y por la cantidad de desertiones observadas estos días entre los oficiales húngaros que se han pasado al rebelde Kossuth, no pueden entrar oficiales húngaros en el baile real. Deben ustedes reintegrarse inmediatamente a sus cuarteles respectivos.

El joven teniente Inrei sintió aquella ofensa, como si hubiera recibido un bofetón en pleno rostro y no pudo contenerse, por lo que exclamó:

—Qué vergüenza... Eso es una ofensa contra toda la nación húngara.

—Silencio—le ordenó cariñosamente el comandante, sabiendo a lo que se exponía el teniente, si exteriorizaba allí sus ideas.

—Os aconsejo—le dijo el Chambelán—que pongáis freno a vuestra lengua, señor teniente. Exteriorizar vuestras protestas en lugar más oportuno.

Sin decir más, el Chambelán se alejó al interior del palacio y llamó a su jefe de Policía, ordenándole:

—Tome dos de sus hombres y siga a esos señores, sin que ellos se den cuenta... Será usted el responsable de que todos regresen a sus cuarteles.

Y mientras el policía iba en busca de aquellos dos hombres que debían acompañarlo en la misión que le había sido confiada, el comandante Meszaros exclamó dolorido en su amor propio:

—Así es como nos paga la Casa de Austria:

—Yo no puedo resistir esto más —exclamó con su natural vehemencia el teniente Inrei—. ¡Viva Kosuth!

—Inrei— le amonestó paternalmente el comandante—. No seáis tan imprudente... Vámonos de aquí.

Salieron a la calle y en el mismo coche que los había conducido a palacio, montaron de nuevo para dirigirse a sus cuarteles, seguidos de los policías que habían tomado otro coche y que no los perdían de vista.

En sentido contrario al que iban los oficiales se dirigía una carroza en cuyo interior se hallaban dos mujeres. La una representaba tener unos cincuenta años, mientras que

la otra no aparentaba más de veinticinco. Era esta última una mujer de extraordinaria belleza. Sus cabellos negros y su mirada dulce y acariciadora, así como la suavidad de su voz, hacían adivinar en ella uno de esos seres de espíritu exquisito que cautivan más por su bondad que por su belleza.

La anciana era la condesa Croy, una de esas mujeres que son indispensables en toda Corte y cuyas murmuraciones se temían más que a un castigo del emperador. Ella conocía la vida de todo aquel mundo aristócrata y podía contar la historia de cada uno de ellos. Su presencia en los salones de la buena sociedad no podía faltar nunca y era siempre la primera invitación que se cursaba, temerosos todos de caer en su desgracia y ser víctima de sus murmuraciones. La otra era María Hona, viuda desde hacía algún tiempo y que a causa de esta desgracia hacía mucho que no frecuentaba ninguna clase de reuniones. Aquella vez, a instancias de su tía la condesa Croy, había accedido a asistir al baile real, pero ya en el camino y cuando estaban cerca de palacio, no pudo ocultar el remordimiento que le causaba, después de la muerte de su esposo, el asistir a una fiesta, y se lo expresó a su tía diciéndole:

—¿Quieres decirme por qué has tenido tanto empeño en traerme al baile real?... No siento deseo alguno de divertirme.

—No es lógico que estés siempre encerrada en tu casa... Hace tres años que vives como reclusa en un convento... A tu esposo, el difunto Francisco, que Dios tenga en su gloria, no le parecería nada bien... No pretenderás llevarle luto eternamente.

—Sí, ya lo sé, Francisco me consentiría que fuese, pero yo he perdido la costumbre de ir a esas fiestas y me siento un poco extraña en ellas... ¿Qué significado yo allí? Y no conozco a nadie, además.

—Ya lo creo que conoces—le dijo su tía—. Conoces al conde Rauncel, a ese que dió un escándalo con una cupletista. No sé por qué le dan tanta importancia a ese asunto. Bien podía él hacer eso, cuando su mujer... A propósito, ¿Conoces a su mujer? Tampoco ella toma muy en serio eso de la fidelidad conyugal... Puede que también esté allí el...

—¿El capitán Von Klesversburg?—preguntó Itona.

—¿Lo estás viendo?—exclamó su tía—. Les conoces a todos... Y a los que no conozcas, te los presentarán allí. Además, tu hermanito Inrei irá con algunos compañeros...

Ya verás como te diviertes. Ya lo verás...

En esto la carroza paró al pie de la magnífica escalinata que daba acceso a los salones del palacio real y dos criados de brillantes libreas saludaron rendidamente a las recién llegadas. Otro criado se apresuró a abrir la portezuela de la carroza y después de desplegar la escalerilla para que descendieran de ella las damas, ofreció su brazo a la anciana condesa. Esta se apoyó en él para bajar, y seguida de María Itona entraron a los salones donde se estaba celebrando el baile.

En la puerta, un servidor de palacio ofreció en una artística bandeja de plata, los carnets en los cuales los caballeros inscribían sus nombres para que les fuesen reservados los bailes por ellos señalados y la condesa Croy rechazó el suyo, murmurando:

—Yo ya no tengo edad de bailar.

María Itona aceptó el suyo. Se despojó de la capa de seda que cubría sus hombros y advirtió a su tía:

—Hemos llegado un poco tarde, tía.

—No tiene importancia—le dijo la condesa—. Adopta una actitud

como si llevases dos horas aquí. Haz como que te arreglas un poco el cabello.

Segundos después entraron al baile, y la condesa, al saludar al Chambelán, le preguntó:

—Dígame, conde; ¿dónde están los oficiales de la Guardia Noble de Hungría?

—Sí — continuó diciendo María Ilona —. Lo había prometido a mi hermano Inrei bailar con él el primer vals.

—Lo siento, baronesa — le dijo el Chambelán a María Ilona —. El conde Windgratz ha ordenado a todos los oficiales húngaros que vuelvan al cuartel. — Y dulcificando su tono con un gesto de fingida humildad, siguió diciéndole, a la vez que señalaba hacia el centro del salón —: Sin embargo, hay muchos caballeros simpáticos aquí, baronesa.

Pero María Ilona había sentido una gran pena al oír que los oficiales húngaros habían sido expulsados del salón, o que no se les había permitido la entrada. Ciertamente que ella era austriaca, pero había nacido en Hungría y sentía por su aquella otra patria un gran cariño. Eran dos afectos iguales que jugaban en su corazón, aun cuando María Ilona jamás había intervenido en política

y apenas si comprendía los motivos que tenían para estar tan distanciados los pueblos húngaros y austriacos.

Esta tristeza que le causó la noticia no pudo menos que expresarla preguntando:

—¿Y por qué han echado a los oficiales de la Guardia Noble Húngara?

Antes de que pudiera responderle el Chambelán, su tía la condujo de la mano a un extremo del salón y le señaló hacia dos hombres que se acercaban al bufet, al mismo tiempo que le decía:

—Ahí viene, con el conde de Schwarzenberg, ese Windgratz. Creerá haber ganado una batalla, tal vez, por haber ordenado retirarse a los oficiales húngaros.

El conde y el general hablaban de aquel asunto precisamente y el conde, como gran diplomático y hombre de un talento extraordinario, como ya hemos dicho, no compartía aquel criterio con su cuñado el general, por lo que le decía en aquel momento:

—¿No habrá sido una equivocación hacer retirar a los oficiales húngaros?

—Soy soldado — le respondió el general —. La disciplina y la obe-

diencia son los mejores fueros para los alocados.

—Pero está soñando de nuevo a los húngaros—le dijo el conde.

—Sería una suerte que se rebelaran abiertamente. Así sofocaríamos la rebelión por la fuerza.

El conde se sirvió el mismo otro pastelillo de los que estaba comiendo y sin perder su sangre fría y su gran aplomo le dijo:

—Yo tengo, sin embargo, la misión de arreglar la cuestión húngara por vía diplomática... Hasta ahora, Kossuth ha rechazado a todos mis emisarios.

—Mándale una mujer — respondió el general.

El conde se le quedó mirando extrañado y le preguntó extrañado de qué el general pudiera tener una idea acertada.

—¿Te ríes siempre cuando dices algo acertado?

—¿Por qué?—preguntó un poco desconcertado su cuñado.

—Pues porque hace tiempo que busco a esa mujer y no la encuentro.

La condesa Croy distrajo la atención de su sobrina y le indicó a otro grupo de personas que se hallaban junto al kaiser Fernando, diciéndole:

—Se encuentra aquí todo lo mejor de Viena... Mira, está radiante, ¿verdad? Parece una criatura...

María Ilona no sabía a quién se refería su tía y le preguntó:

—¿A quién te refieres?

—¿A quién va a ser? A Francisco... A Francisco José... ¿No lo ves? La que está en pie a su lado, es su madre Sofía. Tiene muchas ganas de hacerle emperador para reinar ella en su lugar.

Y en efecto, era así como decía la condesa. Precisamente en aquel momento la madre de Francisco José, que apenas contaba entonces unos veinte años, le indicaba a éste cómo debía saludar a las personas que iban entrando. Al ver a la condesa, le dijo:

—No estés tan parado, Francisco... Ahí está la vieja condesa Croy... Has de saludarla con una reverencia... La conoce todo el mundo. Lo que ella dice se comenta hasta en Turquía.

—Si no miró hacia aquí, mamá —respondió Francisco José, que se hallaba dominado por completo por su madre.

—Pues mira tú hacia allí y ella nos mirará... Ahora, Francisco. (El joven heredero de la corona de Austria hizo una reverencia y dibujó una sonrisa, para saludar a la con-

desa, hasta que su madre le dijo amonestándole): —No con tanta cordialidad... Sólo con una leve sonrisa que eso te dará más dignidad, y es lo principal para cuando seas soberano.

María Ilona, siguiendo la conversación que había comenzado su tía le preguntó:

—¿Y crees tú que el kaiser abdicará?

—¿Qué pregunta? —exclamó su tía—. No hay más que fijarse en el pobre Fernando. Estoy segura de que está pensando en sus piedras preciosas y en su colección de obras de arte... Se ve que no tiene el perisamiento aquí... De buena gana abandonaría el trono igual que un niño que se cree haber cumplido ya con su deber...

—Pero, querida tía — exclamó asustada María Ilona—. Si nos escuchara alguien...

—¿Es que acaso he dicho alguna impertinencia? — preguntó riendo la condesa—. Yo creo que no.

Y cambiando rápidamente de conversación, llamó la atención de su sobrina diciéndole:

—Fíjate en Schwarzenberg. Mira cómo se lo disputan las mujeres...

En efecto, el conde y hábil diplomático, se veía acosado por las damas que todas le ofrecían su carnet

para que el conde inscribiese en ellos su nombre en solicitud de alguno de los bailes. El conde se debatía entre ellas, como acorralado, y les suplicaba con su sonrisa seductora:

—Por favor, señoras—Y al ver que la condesa le cogía de una mano llevándose lo donde estaba su sobrina, le dijo—: Gracias, condesa. Necesito un par de minutos para recobrar el aliento.

María Ilona le miraba impresionada también por la gentil elegancia del conde y por la melodía de aquella voz exquisita que ganaba inmediatamente el corazón de cuantas mujeres trataba. La condesa, al darse cuenta de que el conde no se había fijado en su sobrina, se la presentó diciéndole:

—Conde Schwarzenberg, le presento a la baronesa de Wolkendorf, en el mundo María Ilona, con especial interés... Es una excelente austriaca, aunque vió la luz del día, por primera vez, en Hungría.

—Mi enhorabuena, baronesa — la saludó el conde besando galantemente la fina manita de la joven viuda—. Ojalá sintiesen lo mismo todos los húngaros.

—Se puede ser una buena austriaca, sin olvidar por ello que se ha nacido en Hungría—le dijo muy acertadamente María Ilona.

El conde la miró extrañado de aquella respuesta. Comprendió inmediatamente que aquella mujer debería poseer un talento extraordinario y le comunicó su impresión, diciéndole:

—Yo creo que usted entiende más de política que algunos de mis colegas.

María Itona se echó a reír al oír al conde y exclamó:

—¡Jesús... Yo no digo más que lo que siento.

—Eso no será diplomático—repitió el conde—, pero sí de buena política.

—¿Cree usted?—preguntó la joven.

Su tía intervino en la conversación y le advirtió al diplomático:

—Le ruego que no diga esas cosas a María Itona. No le hable de política. Ahora está en el baile, no en el Ministerio.

—Querida condesa—le respondió el conde—. Los diplomáticos siempre trabajamos. El trato con mujeres requiere diplomacia.

—En tal caso—volvió a decir la condesa—dese una prueba de ello a mi pequeña María.

—¿Quiere hacerme el honor de bailar conmigo?—le preguntó el conde.

María Itona se ruborizó. Hacía tanto tiempo que ella no bailaba, que temió cometer alguna imprudencia, por lo que se lo advirtió al conde, diciéndole:

—No he bailado desde hace más de tres años... ¿Después del baile no le parecerá menos grande el honor?

—No puedo creerlo, aunque sea una falta de cortesía el dudar de sus palabras—le respondió el conde, que sin saber por qué se sentía vivamente atraído por aquella mujer, de una belleza tan diferente a cuantas había conocido hasta la fecha.

—Pero luego será usted tan cortés—siguió diciéndole María—que no vacilará en mentir... por cortesía también.

La orquesta había comenzado a tocar unos «lanceros» y María, conducida por el conde, formó parte de los que estaban bailando. A los pocos minutos de bailar el conde le dijo:

—No comprendo su temor, baila usted maravillosamente.

—¿Lo dice como diplomático, o habla con sinceridad?—le preguntó María.

—Con sinceridad, baronesa—respondió el conde.

—¿Como excepción de diplomático?

—Como excepción—asintió él.

María Iloña había olvidado aquel incidente de los oficiales, atraída por la solicitud del conde. No se acordaba de cuanto le había pasado a su hermano y seguía entregada a

la trivialidad de aquella fiesta, sin que nadie pudiera sospechar que lejos de allí, algunos hombres, verdaderos patriotas, sentían sobre su rostro la ofensa que acababan de recibir.

LA HUIDA DEL CUARTEL

SIGUIENDO las instrucciones del Chambelán, los policías seguían a corta distancia el coche en que iban los oficiales, quienes no tardaron en sospechar que los seguían. El más excitado de todos era Inrei.

Eran inútiles las advertencias del comandante que comprendía el peligro que corría el muchacho al querer huir para reunirse con sus otros compañeros que ya estaban en Hungría. Y no es que el comandante no pensase lo mismo que él, sino que su edad, por ser más que la del joven, le daba cierta experiencia y le hacía pensar en los peligros que suponía una fuga precipitada y sin meditación.

Inrei miró por detrás de la ventanilla del coche y al ver al de los policías que los seguía, exclamó indignado.

—Todavía nos están siguiendo.

—No hay duda de que son policías—exclamó el comandante—. Cuidado con lo que hacéis muchachos... Tendremos que irnos al cuartel. Las órdenes, son órdenes.

—Yo ya estoy harto — exclamó Inrei—. No puedo aguantar más.

Y si esperar a más, saltó del coche, al mismo tiempo que decía a sus compañeros:

—Hasta la vista en Hungría.

Uno de los agentes le vio saltar del coche y advirtió a su jefe.

—Acaba de saltar uno del coche.

—Alto—le gritó el jefe al cochero. Y al mismo tiempo que descen-

día les ordenó—: Sigán ustedes a los otros tres.

Frente al mismo lugar donde había saltado Inrei, había un grupo de muchachos cantando alegremente, hasta que llegó un sereno y pretendió hacerlos callar, diciéndoles:

—Pero, señores, esto no puede ser... Es hora de dormir.

—Vamos a quitar a la gente la absurda costumbre de dormir — le respondió uno de los jóvenes. ¿No notas que ha desaparecido la tranquilidad de Viena? Vivimos en tiempos agitados, viejo.

Al doblar la misma calle por la que venían los jóvenes que cantaban, Inrei se vió sorprendido por la presencia del policía que le dijo:

—Señor teniente... El cuartel se halla en esa otra dirección.

Inrei se le quedó mirando airadamente y le preguntó:

—¿Qué desea usted de mí?

El policía le enseñó su insignia de agente de la autoridad y le dijo de nuevo:

—Deseo que me conceda el honor de permitir que le acompañe hasta el cuartel.

—No necesito compañía — respondió Inrei.

El policía sin perder la serenidad volvió a decirle irónicamente:

—No se enfade si lo pongo en duda, teniente. Le aconsejo que no

cometa una imprudencia. Tengo autoridad para detenerlo si es preciso.

En aquel momento llegaron hasta donde estaban ellos dos los muchachos que cantaban, que reconocieron inmediatamente en el teniente a un paisano suyo y se pararon para ver lo que pasaba. Inrei que lo vió, aprovechó la ocasión, y dándole un empujón al policía les dijo a los jóvenes:

—Quitenme ustedes este policía de encima.

El policía intentó correr tras el teniente, pero los muchachos lo detuvieron diciéndole:

—No te molestes, lechuza.

—¿El señor inspector quiere abandonarnos ya?—le preguntó otro burlonamente—. Con lo gratisima que no es su compañía, señor «polizontes».

Nuevamente intentó escapar, pero el que lo había detenido primeramente volvió a hacerlo de nuevo diciéndole, autoritariamente:

—Quieto aquí... o lo pasará muy mal. Tenemos una cuentecita pendiente con ustedes... de la época de Metternick.

Inrei mientras huía pensó que lo mejor sería refugiarse en un lugar donde nadie sospechara que estaba y pensando en la proximidad de la casa de su hermana Maria, allí se fué. Llamó repetidas veces hasta

que por fin salió a abrir el viejo criado Antón, que lo había visto caer.

Sin sospechar quién pudiera ser a aquellas horas, el criado refunfuñó al mismo tiempo que abría.

—Qué falta de consideración llamar de esa manera, cuando la gente honrada duerme.

Mas al ver de quién se trataba exclamó asustado:

—Dios mío... El señorito. ¿A qué debemos el honor?

Inrei entró rápidamente cerrando tras él y le dijo atropelladamente:

—Tienes que ayudarme, Antón; la policía me persigue.

—Jesús, María y José—exclamó el criado asustado—. ¿Ha matado a alguien en duelo?

—No, no es nada de eso. He huido del cuartel. Saldré por la puerta del parque.

—Pero con el uniforme le reconocerán—le dijo el criado, que se hallaba más tranquilo—. Suba en seguida al desván... Mañana le daré ropa de paisano.

Cuando el inspector de policía quedó por fin libre de aquellos jóvenes, hizo sonar varias veces su silbato y acudieron los otros dos agentes, en unión de otros tantos que habían oído el pito de alarma. Rodearon la calle por donde había huido Inrei y fueron cerrando el

cerco hasta que al fin volvieron a encontrarse, sin que ninguno de ellos hubiera dado con el teniente. Al saber el inspector lo infructuoso del servicio exclamó:

—¡Se nos han escapado!

—¡Imposible!—exclamó uno de los agentes—. La calle está vigilada por todos los extremos... Se habrá escondido en algún sitio. Tal vez se haya metido en alguna casa.

El inspector se dirigió a uno de sus subordinados y le ordenó:

—Que vengán todos los agentes que puedan... Quiero acordarme de la manzana... Quiero que ese hombre no se me escape.

Salió el agente a cumplir la orden, mientras que los demás compañeros quedaban vigilando la calle, dispuestos a prender, fuese como fuese, al teniente, que de una forma tan estúpida para ellos, había logrado escapárseles.

Seguía entre tanto el baile en el Palacio Real en todo su apogeo. La madre de Francisco José no dejaba a su hijo un momento de descanso dirigiendo todos sus actos, como si en realidad fuese ya el verdadero emperador. Pero el muchacho, cosa justa a su edad, sentía verdaderos deseos de divertirse lo mismo que lo hacían cuantos estaban a su lado. Pero todos sus deseos se estrellaaban ante la oposición de su madre.

que le iba diciendo con quienes tenía que bailar. En aquel instante precisamente su madre le ordenó:

—Francisco, ves a invitar a la condesa Croy a bailar... Ya sabes que tiene mucha influencia en Bohemia.

El futuro emperador protestó débilmente diciéndole:

—Pero, mamá, ¿por qué no puedo bailar con una más joven?

Su madre le miró severamente y le dijo:

—Ya sabes que no estás aquí para entregarte a diversiones... Hijo mío, es preciso que te esfuerces en hacerte querer de todos... Anda, anda a bailar.

Francisco José no tuvo más remedio que seguir el consejo de su

madre, mientras que ésta se acercaba a donde estaba el general, y le preguntó:

—¿Aun no se ha decidido a quién nombrar ministro de Negocios Extranjeros?

El general miró hacia el conde, que seguía bailando con Maria Iloña, y pensando en él respondió:

—Tal vez haya encontrado ya el hombre que nos hace falta.

La madre de Francisco José sonrió, como dándole a entender que ella también estaba conforme con aquel nombramiento, y cogida del brazo del general atravesó el salón para seguir hablando de política fuera de aquel sitio donde algún importuno podría oír la conversación.

COMIENZA UN IDIOM

HACIA mucho tiempo que María Ilona no bailaba, y por lo mismo, la falta de práctica la cansaba y no la dejaba continuar bailando todos los bailes. Con la sinceridad que ella ponía en todas sus cosas se lo hizo presente al conde diciéndole:

—Perdón... Estoy cansada... La falta de costumbre... Sentémonos un poco.

El conde la condujo a una pequeña terraza que comunicaba con el salón de baile y la sentó en un diván que había allí, junto a una mesita, en la cual se hallaba dispuesto el champán, por si alguien quería descansar un rato.

Una vez que la vió sentada, llenó

dos copas del aristocrático vino y le ofreció una diciéndole:

—Yo creo que aquí procede hacer un brindis, baronesa.

—También lo creo yo—respondió riendo deliciosamente María Ilona—. Se está bien aquí esta noche.

—Maravillosamente—respondió el conde dando un profundo suspiro, como si quisiera alejar de él todos sus antiguos recuerdos—. Aquí se olvidan las penas.

María Ilona se sintió atraída y conmovida por el tono tan emotivo con que fueron dichas aquellas palabras y le preguntó con interés:

—¿Tiene usted penas?

El conde se sentó al lado de María y le respondió, como si respondiera a su mismo pensamiento:

—¡La política sería tan sencilla si las mujeres desempeñaran en ella un papel!

María Ilona sonrió angelicalmente y con la sencillez que siempre ponía en sus palabras que la hacían aun más adorable respondió ingenuamente:

—No lo tome usted a mal, conde; pero yo no entiendo nada de política... ¿Y qué es lo que le preocupa ahora?

—Uno de sus compatriotas me tiene inquieto... Kossuth... Como ha nacido usted en Hungría, no le será desconocido ese nombre...

—Mi padre conocía a Kossuth también— respondió María Ilona, sin pensar cuáles eran las intenciones del conde— Le había hecho algunos favores y yo le vi en casa varias veces.

El conde comprendió que había llegado el momento oportuno de empezar a dejar traslucir su pensamiento, y delicadamente, para evitar cualquier molestia, le dijo:

—Siendo usted la hija de un patriota húngaro, me alegra extraordinariamente que sienta, a pesar de todo, ser buena austriaca...

—No ponen ustedes nada de su parte con el fin de atraerse a los húngaros—le dijo María Ilona, recordando lo que aquella misma noche había ocurrido—. ¿Por qué se

empeñan y persisten en ofender continuamente a Hungría? Sin ir más lejos, esta misma noche han expulsado ustedes a mi hermano y a sus compañeros del baile real.

—Siempre se cometen errores, por desgracia—replicó el conde.

—Pero no debe ser así—insistió María Ilona.

—Eso mismo pienso yo—contestó sinceramente el conde—. Es una desgracia que no comprenden que para reconciliarse hay que tender la mano... Yo creo que hemos de reconciliarnos con Hungría y con Kossuth... Sería preciso encontrar un emisario adecuado para ello.

María Ilona, que desde el primer instante había sentido el influjo de la simpatía del conde, al oír hablar así, aun se dejó ganar más en el afecto que había nacido en su corazón y le respondió:

—¿Por qué no va usted mismo de emisario y mediador? Todos los húngaros se lo agradecerán.

El conde le cogió las manos, y al retirarlas de las de la joven se quedó con el carnet de baile, en el que apuntó a medida que hablaba todos los bailes que había señalados en él.

—Por usted sería capaz de subir a la luna, baronesa—le dijo emocionado.

María Ilona no comprendía que el conde pudiera hablarle de aquella

forma, en la que claramente se adivinaba un sentimiento amoroso, y le respondió sonriendo con un encanto tan embriagador que terminó por conquistar al conde.

—Me parece que usted no toma nada en serio.

—Ya lo creo que sí, baronesa... Hay una cosa que merece tomarlo muy en serio.

—¿Cuál?

—El amor—afirmó seguro el diplomático.

—Sí, ya lo sé—replicó ella—. Se cuentan muchas cosas de sus aventuras por el extranjero.

—¡Oh! todo ello son fábulas compuestas por la condesa.

—La condesa no dice nunca mentiras—protestó débilmente la baronesa.

—Las tías nunca dicen la verdad—afirmó el conde.

María Itona miró fijamente al conde y le preguntó:

—¿Y los diplomáticos?

—Se las callan... Hace ya veinte años que deambulo por el mundo... Se tropieza con muchas cosas... Episodios, aventuras... que no deben ser tenidas en cuenta.

—¿Y no cree usted, porque yo estoy convencida de ello, que tan solamente se ama una vez?... Yo por lo menos no podría amar a otro...

—¿Una vez?... Así empiezan los cuentos—le dijo el conde—. ¡Una vez!... Yo aun espero esa vez en que hablan los cuentos... y no llega... ¿No me cree?

—Sí, sí que le creo a usted—respondió sinceramente María Itona. Y como viera que el conde parecía querer seguir aquella conversación que para ella resultaba tan difícil de continuar, la cortó diciéndole—: Venga, vamos a bailar—. Y al abrir su carnet y ver que el conde se había apuntado todos los bailes, le dijo sonriendo—: le tengo comprometido todos los bailes esta noche... Lo tengo apuntado ya.

—¿Ah, sí?—le preguntó el conde siguiendo la broma—. Está bien. Bailemos, de esa forma la vida me parecerá más hermosa aun.

Y aquella noche, al alejarse del baile real, María Itona se llevó en su corazón el recuerdo del conde y una nueva ilusión en una vida que ella creía ya acabada para el amor. Y esta misma ilusión, este mismo recuerdo que permaneció fiel en la mente de María Itona, quedó también fijo en el conde, quien a sí mismo se afirmaba que jamás conoció en su vida, donde tantas aventuras había tenido lugar, ninguna otra mujer que reuniese el encanto, la exquisitez y la ingenuidad de aquella linda baronesa, capaz de ha-

cer feliz al hombre más exigente del mundo.

Al día siguiente, sería cerca de la una de la tarde, cuando seguían los policia haciendo guardia en la calle donde se había escondido el teniente, sin precisar en qué casa podría haberlo hecho.

A esa hora precisamente, aun seguía la baronesa en cama. La velada de la noche anterior había producido en ella cierto cansancio y reparaba sus fuerzas durmiendo tranquilamente en la alcoba sumida en la penumbra para que la luz del día no la molestase.

A las puertas de palacio llamó un recadero y entregó a Antón un ramo de flores, quien a su vez se lo entregó a Teresa, la doncella de la baronesa, preguntándole extrañado por aquellas flores que jamás había visto.

—¿Qué flores son esas, señorita Teresa?

—Son flores exóticas—respondió la doncella.

—Pues no las he visto nunca.

—Es que hay muy pocas de esta clase... Son de los jardines del palacio imperial.

La doncella entró con el ramo a la alcoba de María Itona, y ésta se despertó al ruido producido por la sirvienta, preguntándole:

—¿Es muy tarde ya?

—Sí, un poco—respondió Teresa— Es más de la una... No era mi intención molestar a la señora baronesa todavía. Pero acaban de traerle una cosa de parte del conde de Schwarzenberg.

—¿El qué es?—preguntó María Itona abriendo los ojos inmediatamente e incorporándose en la cama al oír el nombre del conde.

—Unas flores... Algo muy exótico... En mi vida había visto unas flores como éstas... Con toda seguridad habrán costado un dineral... Huelen muy bien y va una cartita con ellas.

—¿Una carta?—exclamó la baronesa saliendo completamente del lecho y echándose sobre sus hombros un rico peinador de encajes.

—Sí, señora baronesa.

—¿Y dónde está?

—Lo he llevado todo al gabinete... ¿Quiere que lo traiga?

—No—respondió impaciente la baronesa— Ire yo misma.

Cruzó la pequeña puertecita que comunicaba con su gabinete y al ver las flores exclamó extasiada:

—¿Qué bonitas!... ¿Tú sabes lo que son? Son orquídeas... Una flor nueva en Austria... Las traen aquí desde Sud-América.

Abrió la carta que acompañaba al ramo de flores y leyó su conteni-

do, en el cual el conde la invitaba a dar un paseo a caballo por el bosque a las dos de la tarde. Miró el reloj, y al darse cuenta de la hora que era exclamó nerviosamente:

—¡Si es ya casi la hora!... Ayúdame a vestir... No tengo tiempo que perder.

Y mientras que María Ilona se vestía y salía al encuentro del conde, Antón subía al desván para llevarle algo de comer al teniente Inrei, que se distraía jugando con unos soldados de plomo olvidados allí desde que él era pequeño. Al entrar el criado y verio distraído de aquella forma le preguntó sonriendo:

—¿Ha vuelto el señor teniente a sacar los soldados de plomo de su infancia?

Inrei, sin responder a la pregunta y mientras se preparaba a comer, le dijo:

—Empezaba a creer que me habías olvidado, Antón.

—No hay cuidado... Ahora coma usted... ¿Quiere que le avise a la señora baronesa que está aquí el señor teniente? Es por si la policía, que ronda por ahí, se entera que es usted hermano de la señora baronesa y se les ocurre entrar a hacer un registro.

—No, no, creo que es mejor que no sepa nada... No haría más que intranquilizarla sin motivo alguno. He de irme, Antón, y cuanto antes lo haga mejor.

—Es imposible—le dijo el criado—. Están vigiladas todas las calles... Se me ocurre una solución.

—¿Cuál?—preguntó Inrei.

—Pista está en Viena.

—¿Pista?—preguntó el teniente—. Pero, ¿qué está haciendo aquí?

—Lo mismo que usted. Trabajando para Hungría.

—¿Y cómo?

—De domador. Hace tiempo que le echó a la calle su señor padre, porque se empeñaba en domar a todos los animales... Yo opino que una gallina ha de poner huevos, pero no saltar a la comba, y un perro de caza levantar liebres y no dejar que se le suba al lomo un conejo... Bueno, pues como le decía, a Pista le sería fácil sacarle a usted de aquí con la caravana.

—Has pensado bien—le dijo el teniente—. Tráele en seguida.

Antón no lo pensó más. Una vez que tuvo la conformidad salió en busca de Pista para proponerle que le facilitase la huida de Inrei.

EL PABELLÓN DE MARÍA ANTONIETA

ERA un día de maravillosa primavera. El bosque por donde paseaban María Itona y el conde ofrecía con el verdor de sus cúpulas un fresco delicioso, y el corazón parecía participar de la alegría de aquel sol y del encanto del paisaje...

El conde fué el primero en reconocer aquella belleza diciéndole:

—Se está bien aquí. Sobre todo en esta época del año. ¿No es cierto?

—¡Es tan tranquilo esto! —respondió María Itona—. Yo creo que todo el mundo debería pasarlo bien.

—Todos los pueblos tienen la obligación de buscarse su bienestar.

María Itona lo miró algo sorprendida y no pudo menos que expresarle su extrañeza diciéndole:

—¿Pero es que usted no abandona la política un solo momento?

—Ese es mi oficio y no es fácil cambiar la forma de ser de cada uno.

Salieron fuera del bosque. En una explanada que había a lo lejos se divisaba un pabellón y el conde señalando hacia él le preguntó:

—¿Quiere que vayamos a ese pabellón?

—Vamos—respondió ella.

Picó espuelas al caballo que montaba y minutos después, tras una pequeña carrera llegaron al pabellón, diciéndole el conde galantemente:

—No sólo baila usted muy bien, sino que monta usted maravillosamente baronesa.

El mismo la ayudó a apearse de la cabalgadura, mientras que la baronesa le decía:

—¿Olvída usted tal vez que he nacido en Hungría? Allí sólo los perros andan a pie.

Se presentó un lacayo para encargarse de los caballos y María Ilona exclamó sorprendida:

—¿Nos esperaban? Yo creí que estábamos solos.

—Leopoldo nos ha preparado un almuerzo sencillo—le respondió el conde fingiendo no darse cuenta de la extrañeza de la baronesa—. ¿Me permite que la lleve? Tengo vivos deseos de ver si ha resultado bien mi sorpresa.

—Si no fuera tan terriblemente curiosa...—se disculpó la baronesa aceptando el brazo que le ofrecía el conde.

El salón donde entraron dentro del pabellón ofrecía un aspecto maravilloso. Advertíase en él un algo especial que lo diferenciaba de todos los demás que había visto María Ilona. Flotaba en el aire un cierto misterio, una cosa parecida a un perfume de aventura que María Ilona percibió desde el primer instante. Era todo aquello tan íntimo, que no supo qué decir, hasta que el conde le preguntó solícitamente:

—¿Le gusta a usted esto?

—Si digo que sí—respondió ella—no sería acertado. Si digo que no, usted no me creería. Es un ambiente propio de aventuras galantes... Un lugar adecuado para amores... Adiós, conde.

El conde se interpuso correctamente diciéndole:

—No, no... no se vaya. ¿Sabe usted a quién perteneció este pabellón?... A la archiduquesa María Antonieta... Para ella fue construido.

Obró el milagro el nombre de la desgraciada archiduquesa, y María Ilona quedó en el centro del salón sin dar un paso más, exclamando, como quien evoca algo que existió, pero que nunca más podrá volver a existir.

—Para María Antonieta... ¿No tuvo que marcharse a Francia como reina?

—Sí—respondió el conde—, pero aquí amó por primera vez... Desde aquí escribió sus cartas de amor a algún doncel galante de la corte... Ésta es la mesa en que escribía.

María Ilona se adelantó hacia el rico mueble que le indicaba el conde y durante unos segundos quedó absorta mirándolo. Al fin dijo con profunda melancolía:

—Y la pobre murió en el patíbulo!

—Es mejor que pensemos en otras cosas—le dijo el conde—. Pensemos en la vida... en la gloria de vivir... en la alegre existencia...

Pero María Itona tenía llena la mente de la evocación de María Antonieta y se miró en un magnífico espejo que había en un testero, exclamando:

—En este espejo se miró María Antonieta... El espejo aun está... Y ella...

El conde, al advertir la melancolía que se había apoderado de la baronesa, se excusó diciéndole:

—Siento haberle contado tantos detalles de este lugar... Lo hice para mostrarle a usted que no era un vulgar pabellón de amor... ¿Puedo ofrecerle alguna cosa?

—No, no, gracias, no tengo ganas de nada... Sin embargo, parece como si en este pabellón ocurriera algo extraño... Se siente aquí algo como si no le perteneciese a una el corazón, porque lo pertenece a alguien que no lo puede defender ya. Desde que nos conocimos ayer me siento avergonzada de mí misma... Con toda sinceridad, conde, siento como si le fuera infiel al recuerdo de mi difunto esposo. Hasta ayer no he amado a nadie más que a mi esposo. Había pensado en él siempre... Dos años y medio hace que

él murió, pero para mí no era así. Siempre estaba conmigo. Y ahora, de repente, se ha marchado de mi lado... Yo debiera odiarlo a usted, ya que ha sido la causa de que mi esposo me abandonara... Me he quedado sola...

El conde la miraba embriagado por aquel dulce acento de sus palabras. Toda su alma, como flor de invernadero, aparecía en sus labios. El corazón de aquella mujer no sabía de intrigas ni de hipocresías. Decía lo que sentía, y lo decía con tanta dulzura, que el conde exclamó conmovido y ganado por completo:

—¿Sola?... ¿Sola usted, María Itona?... No, no está usted sola. Estoy yo a su lado y quisiera estarlo toda la vida.

—No diga eso, se lo ruego—le suplicó ella, sintiéndose sin fuerzas para sobreponerse al amor del conde—. ¡Hace tanto tiempo que no oigo esas palabras... He estado viviendo como los muertos... Ellos no dicen esas cosas... Le aseguro a usted que el corazón late con una fuerza nueva...

—¿Cómo quiere usted que hable? —le dijo amorosamente el conde acercándose a ella y tomándole las manos—. Despierte usted, María Itona. Despierte a la vida... Quiero demostrarle que soy digno de su amor...

—Karl—exclamó ella sintiendo se débil ante las miradas del conde—. yo no acierto a decirlo.

El conde la estrechó entre sus brazos, y después de besarla apasionadamente la dijo:

—No es necesario que tú lo digas... Te lo diré yo. Te amo más que a nada en el mundo.

Y Maria Ilona, sintiéndose feliz en los brazos de aquel nuevo amor, sólo pudo exclamar:

—Karl, Dios quiera que seas tan feliz como mereces.

Poco después, unidos por un amor inmenso, los dos enamorados salieron del pabellón y regresaron a casa de la baronesa, hasta donde la acompañó el conde, a quien vió Antón despedirse.

Inmediatamente subió Antón al desván donde estaba Inrei y le dijo alegremente:

—Ya no tiene usted necesidad de huir, mi teniente. Ahora tenemos una solución mejor.

—¿Cuál es?—preguntó extrañado Inrei.

—La alta diplomacia—le dijo Antón.

—¿Cómo has sabido tú eso?—inquirió el teniente.

—Porque lo he visto y además a Teresa, a esa espinaca endémica, se

le ha ido la lengua y me ha enterado de que la señora baronesa ha salido con el conde Schwarzenberg a dar un paseo a caballo por el bosque.

Inrei se encogió de hombros. Odiaba al conde, como odiaba todo lo que representaba a Austria y exclamó:

—¿Y qué me importa a mí al conde?

—Es la mejor protección que se puede tener.

—Renuncio a su protección—exclamó el teniente—. Quiero irme de aquí. Saldré cuanto antes. Ahora con más razón todavía. Dime, ¿has podido encontrar a ese Pista?

—No comprendo por qué rechaza usted lo que le propongo—insistió el criado—. Esa es la razón por la que se lo había dicho a usted. Y Pista está abajo con sus osos.

—¿De veras?—preguntó alegremente el teniente.

Miró por el hueco de la ventana que tenía el desván y vió en efecto a una caravana de húngaros, con varios animales que fingían actuar, pero que en realidad esperaban una señal para entrar.

—No sé, no sé—siguió murmurando el criado—. Todo esto puede salir mal.

—No—respondió enérgicamen-

te el teniente— Tiene que salir bien, por fuerza.

María Ilona, encerrada en sus habitaciones, recordaba con placer el paseo dado con el conde y mentalmente se repetía las mismas frases que él la había dicho. Se sentía profundamente amada por el conde y sentía que su corazón correspondía con igual afecto.

Sonaron unos golpecitos discretamente en la puerta y María Ilona, después de dar la autorización para que entrasen, preguntó al ver a Antón:

—¿Qué desea?

—Señora baronesa... ha sucedido algo que...

—¿Algo desagradable, Antón? —preguntó la baronesa inquietamente—. No quiero escuchar nada desagradable hoy.

—Es que es muy urgente, señora—insistió el criado—. No puedo aguardar a mañana. Ya sé que lo que voy a hacer es traicionar un secreto, pero si no lo hago ocurrirá una desgracia... El señorito está en casa.

—¿Inre?—preguntó extrañada la baronesa.

—Sí—siguió diciendo el viejo criado—. Lo oculté aquí para que no lo encontrara la policía.

—¡Santo Dios!—exclamó María Ilona asustada.

—Se quiere marchar con Pista a Hungría.

—¿Y dónde está mi hermano? —preguntó María Ilona.

—En el desván, señora—respondió la baronesa—. Ahora debe estar Pista con él.

En efecto, cuando María Ilona subió al desván, se encontró a su hermano caracterizado como si fuera uno de aquellos húngaros que había en la caravana de Pista. Directamente se dirigió a su hermano, sin preocuparle la presencia de Pista, y lo preguntó:

—Pero ¿qué significa todo esto? ¿Qué estás haciendo?

—Sencillamente que voy a desertar.

—¿Te has vuelto loco acaso? —preguntó su hermana—. Vae a jugarte la cabeza.

—No te preocupes—le respondió Inre queriendo poner en sus palabras el mayor desprecio posible, sin darse cuenta del daño que causaba a su pobre hermana—. Los húngaros no somos cobardes... Tú ya no eres de los nuestros.

—¿Yo? —preguntó sorprendida—. ¿Quién te ha contado eso?

—Ya has dado pruebas de ello —siguió diciéndole el teniente—. Lo has demostrado en el baile. También has hecho una conquista, un Habsburgo cien por cien... Ese ha hecho carrera sólo por eso... Paseas con él a caballo, te dejás regalar flores... Enhorabuena.

—Nos queremos —confesó su hermana timidamente como si aquel amor fuera un pecado.

—¿Ah, sí? Pues mucha suerte.

Maria Ilona se colocó delante de la puerta pretendiendo evitar que su hermano se fuese y le dijo dolorida por las patabras de Inrei:

—Me ofendes sin razón... No comprendo por qué me hablas en ese tono.

—¿En qué tono quieres que te hable? Ahora eres del otro bando.

—Pero tú eres mi hermano—protestó ella cariñosamente.

—Pues no me siento orgulloso de serlo... Adiós, que seas muy feliz.

Y sin querer atender a las palabras de su hermana, que cariñosamente intentaba persuadirlo para que se quedase, salió a la calle, donde ya estaba Pista disponiendo todo lo necesario para la marcha. Antón fué quien le abrió la puerta, pero apenas apareció el teniente cuando

uno de los policías que lo había visto salir se acercó a él diciéndole:

—¿De dónde vienes, amiguito?

—De ahí—respondió Inrei, sin perder su calma fría.

—¿No será de esa casa?—le preguntó el policía señalando el palacio de Maria Ilona.

—Estuve también, pero muy poco tiempo.

—Ya lo veo—le dijo el policía, tomándole por un verdadero gitano húngaro— El suficiente para poder robar todo lo que llevas en este pañuelo.

Desde la ventana de doyan, Maria Ilona, con el alma puesta en los ojos, seguía a su hermano, y cuando vió que la policía lo detenía corrió hacia la puerta gritando a Antón:

—¡Lo ha detenido la policía!

El primero en llegar fué Antón, quien apenas salió a la puerta se encontró con el teniente y el policía, que le preguntó al detenido:

—¿Conoces tú a alguien en esta casa?

—No, a nadie—respondió Inrei, sin querer comprometer a su hermana.

—A nadie—replicó Antón—. No le conocemos de nada.

Pero María Ilona llegó en aquel instante y exclamó, antes de que el policía pudiera deshacer el pañuelo en el que llevaba oculto su uniforme Inrei:

—Yo le conozco... Este gitano ha estado un par de veces en esta casa... y muchas veces en unas propiedades que tenemos en Kuts, en Hungría.

—Pues ahora les ha pagado su hospitalidad robándoles a ustedes —le dijo el policía mostrándole el bulto que llevaba Inrei.

—Eso se lo he regalado yo —respondió rápidamente María Ilona.

—¿Ah, sí? —exclamó el policía sin creer lo que le decía la joven—. ¿Y el dinero también?

—Sí, le he dado un par de monedas.

El agente de la autoridad les mostró las monedas que le había cogido a Inrei y les dijo:

—Cinco ducados no son un par de monedas.

María Ilona no sabía qué decir. Se veía cogida en su propia metira y fué Antón quien la sacó del apuro diciéndole al policía:

—Eso depende de la cantidad de dinero que uno tenga. Podía tener él ya tres...

El agente comprendió que no se haría nada en limpio y le dijo al teniente:

—Vete tú, y ustedes perdonen la molestia.

—¿Qué van ustedes a hacer con él ahora? —preguntó inquieta, María Ilona.

—Vamos a mandar a la cuadrilla de gitanos a Hungría, que es donde pertenecen.

—Ah, sí —respondió María Ilona, pensando en la verdad que sin saberlo decía el policía—. Allí es donde pertenecen.

Poco después la joven vió como su hermano subía al carro que guiaba Pista, y como la caravana partía camino de Hungría, sintiendo María Ilona como si le quitaran un enorme peso de encima al saber que su hermano estaba libre.

A pesar de las palabras que le había dicho Inrei, a pesar de la forma cómo la había tratado, desde luego tan inmercidamente, María Ilona se sentía orgullosa de su hermano. En el fondo de su conciencia comprendía a su hermano y comprendía su desertión. No podía olvidar ella que su patria era también Hungría y se sentía húngara en

M A R I A I L O N A

aquel momento, al ver como Inreipartía hacia la patria para defender su independencia.

Cuando la caravana dobló la es-

quina de la calle, María Ilona entró de nuevo en su casa suspirando tranquilamente al ver a su hermano salvado.

AMOR Y DIPLOMACIA

AL día siguiente María Ilo-na esperaba la visita del conde. Había ordenado que prepararan la merienda, y mientras tanto el siluetista Pizzi recortaba la silueta de la joven baronesa. Antón y Teresa se cuidaban de arreglar todo lo necesario para cuando llegase el conde, y el viejo criado, satisfecho porque nuevamente se recibieran visitas en el palacio después de haber estado cerrado tanto tiempo, exclamó:

—Por fin vuelve a visitar esta casa un caballero.

—¿Por qué tanto interés?—le preguntó Teresa—. ¿Qué espera usted sacar de ello?

—Las colillas de tabaco inglés y algún regalito—respondió An-

tón—. La Croy nunca ha dado nada a nadie.

Teresa le miró severamente y le regañó diciéndole:

—Antón... Está usted cogiendo muy malas costumbres... Debe decir su excelencia la condesa Croy.

—¿Quién ha dicho que debe decirse así?—refunfuñó el viejo criado—. Va a acabarse eso muy pronto. Desde el Alzamiento de marzo somos todos iguales... Para mí, personalmente, no hay más que las personas que dan propinas... y las que no las dan...

Teresa no quiso seguir la discusión y le dijo al mismo tiempo que salía Antón:

—Demócrata... Es usted un demócrata.

M A R I A I L O N A



—Lo estás viendo... Les
conoces a todos.

PALLA WESSELY
en el papel de María Ilona



—¿Quiere hacerme el honor de bailar conmigo?



WILLY BIRGEL
en el papel de
Conde Schwarzenberg



—Tu hermano ha sido detenido.

—No comprendo su temor. Baila usted maravillosamente.



—Señor teniente, el cuartel se halla en esa otra dirección.



—¿Pero es que Ud. no abandona la política un solo momento?



—Sencillamente, que voy a desertar.



—Carlos— suspiró ella, agradeciéndole con una dulce mirada aquellas palabras.



—Un momento aún, se-
ñora Baronesa, término en-
seguida.



—Tú puedes hacerlo—
insistió el Conde—. Es pre-
ciso que lo hagas... hazlo
por mí.



—Sois muy linda, baronesa, sencillamente encantadora...

—Por casualidad no han cogido a Kossuth.



—Alto, Baronesa, el coronel Ciesgey desea verla... ¿Me permite ordenar que la acompañen?



—Tiene usted una nueva misión que cumplir, Baronesa... Velar por el bien de Hungría.

María Ilona hacía bastante tiempo que permanecía en la postura que la había puesto el siluetista y al fin se exclamó diciéndole:

—Usted me había dicho que no tardaría más que un minuto, Pizzi.

—Un momento aun, señora baronesa—le suplicó el artista— Termino en seguida, pero es preciso que se esté quieta... Así, de perfil... Con la barbilla un poquito más alta... Su perfil es encantador. Tienen las líneas suaves como la seda y la boca como una rosa que acaba de abrirse.

María Ilona se echó a reír al oír las palabras del artista y le respondió:

—Carece usted de imaginación, maestro... Le dije lo mismo a la condesa Croy ayer.

El artista se sintió molesto porque la condesa repitiese lo que él la había dicho y así se lo dijo a la joven baronesa:

—No debía haber dicho la condesa lo que yo le dije.

—No se apure, maestro—le tranquilizó María Ilona— Mi tía está muy orgullosa de lo que le ha dicho de su boda.

Al cabo de unos minutos volvió a impacientarse la baronesa y le dijo:

—Pero, Pizzi, ¿no ha terminado todavía?

—En seguida acabo, señora ba-

ronesa—volvió a decirle—. Va a ser una pequeña obra de arte en miniatura. Hay quien se luce con el pincel y otros nos lucimos con las tijeras.

—¿Y no teme usted que el nuevo arte, la fotografía, le haga la competencia?

Pizzi al oír la fotografía sintió como si le picase un insecto venenoso y exclamó despectivamente:

—Pero, señora baronesa, eso no es un arte, y no creo que se haga popular.

Había terminado de hacer la silueta del busto de la baronesa, y ésta, después de mirarlo detenidamente, le preguntó extrañada:

—¿Pero así soy yo?

—Exactamente igual, señora:

—¡Qué nariz tan horrible!—comentó riendo la baronesa.

—Pero, señora baronesa, su nariz es de lo más perfecto que he visto.

En aquel instante apareció en la puerta el conde y preguntó alegremente:

—¿Se puede entrar?

La baronesa corrió a recibirlo y le dijo alegremente:

—Carlos, no podías haber llegado más a tiempo... Fíjate en esto... ¿Qué te parece?... ¿Entiende el maestro Pizzi su oficio?

El conde miró detenidamente la silueta de María Ilona y con la na-

tural extrañeza del maestro le respondió:

—Es un chapucero... La nariz, por ejemplo.

—Es mi nariz, no lo dudes— le dijo ella riendo, como si fuera una chiquilla— No vayas a decirme una mentira... En castigo vas a estar quieto ante el maestro para que te haga un retrato... No tengo ningún retrato tuyo.

—No hay necesidad de ello— repuso el conde—. Yo ya me he hecho una fotografía.

El maestro Pizzi sintió que toda la sangre de sus venas le affuía al rostro al saber que el conde Carlos de Schwarzenberg, el genial diplomático, había aceptado el nuevo arte como una cosa positiva. Y tanta fué su extrañeza y su indignación que no pudo menos que exclamar, aun cuando aparentó una gran humildad:

—Pero Su Excelencia...

Y al ver la fotografía que mostraba el conde siguió diciendo:

—Pero ¿es así Su Excelencia en realidad?... ¿No lo decía yo?... Eso no es un arte.

María Ilona miraba entusiasmada la fotografía y exclamó:

—¡Qué bien estás!

El conde, para aminorar la pena del maestro, le dijo indulgentemente:

—La próxima vez me dejaré que me retraten sus tijeras, maestro.

Pizzi se retiró prudentemente para dejar solos a los dos enamorados y María Ilona, al mismo tiempo que colocara el retrato del conde en su mesita, le dijo satisfecha:

—Ahora por lo menos te tendré a mi lado siempre.

El conde la estrechó amorosamente entre sus brazos y le dijo emocionado:

—María... ¡cuánto tiempo hacía que no nos veíamos!

—Claro—murmuró ella, sintiendo un poquitín de celos, aunque injustificados—. ¡Hay tantas mujeres hermosas en Viena!...

—No, bien lo sabes tú, María. Pero el Gobierno me necesita... Están los tiempos muy agitados... Pero ahora estoy a tu lado...

Miró alrededor suyo todos los detalles de la habitación y exclamó suspirando:

—¡Qué bonito es todo esto!... ¡Hacía tanto tiempo que no experimentaba esta agradable sensación... la del hogar!

María Ilona hizo más fuerte el abrazo en que la tenía el conde y exclamó:

—Me haces muy feliz cuando dices eso, Carlos... Ven, tomaremos café... A mí me pasa lo mismo que a ti... Lo veo todo con distintos

ojos... Hasta mi buena Teresa está entusiasmada contigo.

Se sentaron junto a la mesita en la que había sido preparado el servicio y mientras tomaban el café la baronesa le dijo:

—Escucha, Carlos. Yo quisiera confiarte una pena que tengo. No sé si debo hacerlo.

—Naturalmente— la animó el conde—. Las penas compartidas se hacen más llevaderas, dice un antiguo refrán nuestro... ¿Qué es lo que te ocurre?

—Mi hermano Inrei me tiene algo preocupada... El se opone a nuestros amores... Lo que siento es que no te conozca... porque si te conociera estoy segura de que comprendería mi amor por ti. Hoy ha...

—...desertado—terminó diciéndole el conde, sin dejarla scabar—. He visto su nombre en la lista de los desertores.

María Ilona sintió una angustia infinita. Aquel hermano había sido siempre para ella su niño mimado, algo así como un hijo grandote a quien le había dedicado todo su cariño. Las palabras del conde la hicieron temer por su hermano y preguntó ansiosamente:

—¡Dios mío...! ¿Le han cogido?... ¿Está preso?

—Por ahora no—respondió tranquilizándola el conde. Y después de

una breve pausa siguió diciéndola—: Desde que te conozco empiezo incluso a comprender a tus compatriotas; por eso comprendo el cariño que tienes a tu hermano.

—Carlos— suspiró ella, agradeciéndole con una dulce mirada aquellas palabras.

—Sí, María—volvió a decirle el conde—. Los comprendo y, estoy dispuesto a ayudarles también. Creo poder conseguirlo si tú me ayudas.

María Ilona le miró sorprendida. No podía ella comprender qué clase de ayuda podía facilitar al conde. Jamás había intervenido en política, ni tenía deseos de hacerlo. Ella había vivido siempre alejada de la corte; sin querer intervenir en las intrigas de los que la frecuentaban. Por esta razón ante aquella petición del conde respondió con toda su ingenuidad:

—Pero si yo no puedo ayudarte, Carlos... Aunque estoy dispuesta a hacer por Hungría cuanto esté de mi parte.

El conde la miró fijamente y le preguntó:

—¿Estás dispuesta a hacerlo todo?

—¿Qué es lo que ordena el conde Carlos Félix de Schwarzenberg?

—le preguntó la baronesa, haciendo una graciosa reverencia, en son de broma.

—Mira—le dijo el conde—. Irás mañana a ver a nuestro ministro de Estado, ¿comprendes?... El te pedirá una cosa.

—¿A mí?—preguntó la baronesa sorprendida—. ¿El ministro de Estado pedirme a mí una cosa? No, no—protestó dulcemente—. No me hagas intervenir en política, que yo no entiendo de eso.

—Es que ya le he anunciado al ministro tu visita, y te espera.

*María Ilona lo miró fijamente y le preguntó:

—Supongo que no hablarás en serio... ¿Quién es el nuevo ministro de Estado? Si espera triunfar en su lucha contra Metternick, muy fuerte ha de ser.

—No te preocupes—la tranquilizó el conde—. Ya le conocerás... ¿Querrás ir a verle a las once de la mañana?

—¿Crees que será de alguna utilidad mi visita?

—Contéstame y no me preguntes. ¿Vas a ir?

—Ya sabes que yo no hago nada más que lo que tú quieres. Iré, pero ya verás como no servirá para nada mi visita.

Y satisfecho con la contestación de María Ilona, el conde pensó en la sorpresa que tendría la joven baronesa cuando al día siguiente fuera a ver al ministro de Estado.

A la hora convenida, al día siguiente, la baronesa se presentó en Palacio y preguntó por el ministro de Estado. El oficial que se hallaba en la puerta, al saber su nombre, se apresuró a decirle:

—El señor ministro la espera.

Entró María Ilona, y su sorpresa fué enorme al encontrarse al conde, a quien hacía dos días que habían designado para ministro de Estado. Se dirigió hacia él, preguntándole:

—¿Pero eres tú?

—¿Tienes algo que oponer?—le preguntó él a su vez riéndose de la sorpresa de María Ilona.

—No, claro que no—dijo ella, sin saber qué decir. Pero inmediatamente el egoísmo del amor nació en su corazón, y le preguntó:

—¿Ya no me querrás?... Ahora que estás tan alto...

—Y eso que tiene que ver—le dijo el conde estrechándola amorosamente y cada vez más enamorado de ella—. Todo lo contrario. Tú me prometiste que me ayudarías... ¿Lo harás ahora?

—Sí; para eso he venido a verte—le respondió ella dulcemente.

La sentó junto a él y le dijo:

—Escúchame entonces... Mi cuñado el general Windisgratz y la archiduquesa Sofía quieren la guerra... Si se salen con la suya, Hun-

gría está perdida... Tú puedes salvar a Hungría, Ilona.

—¿Yo?—preguntó asombrada—. Por el amor de Dios, Carlos. Quieres que intervenga en asuntos en los que yo no tengo ganas de inmiscuirme... Soy una simple mujer, una mujer que te adora y que no quiere ni pretende ser otra cosa.

—Recuerda que has prometido ayudarme—le dijo el conde.

—Pero si tenéis muchos diplomáticos, Carlos—insistió María Ilona—. ¿Por qué no mandáis a alguno de ellos?

—El káiser no puede exponerse a la negativa de un rebelde—le dijo el ministro. Comprende que eso no puede hacerse. Esta es la razón por la cual no podemos enviarle un enviado especial a Kossuth. Tu padre era un buen amigo suyo, por eso has de ir tú, María.

—Yo no puedo, Carlos—se negó nuevamente la joven—. No puedo... Soy demasiado torpe... Para eso hace falta una sagacidad que yo no tengo...

—Tú puedes hacerlo—insistió el conde—. Es preciso que lo hagas... Hazlo por mí.

—Carlos—suplicó María Ilona, sin fuerza ya para seguir negándose.

—Te encargues o no de este asunto, has de decirselo tú misma al emperador.

—¿Al emperador?—preguntó, asustada, María Ilona.

—El te suplica que vayas a las once en punto a verlo a Schonbrum.

—¿Que el emperador me ruega a mí?... ¿Que me ruega a mí, dices?—preguntó la baronesa sin poder creer aquello que le decía el conde. No comprendía como el káiser podría rogarle a ella, a ella, una simple mujer que jamás había intervenido en ningún asunto de política y que ni tan siquiera había visitado palacio—. No puedo ir allí, Carlos. No estoy vestida adecuadamente para ello.

—¡Bah!—respondió el conde sin darle importancia a lo del vestido—. No te preocupes por eso. Quiere recibirte tal como estás.

—¿Vendrás tú conmigo?—le preguntó, sintiéndose más fuerte y decidida si él la acompañaba.

—¿Tienes miedo?

—Muchísimo—confesó con su angelical ingenuidad—. Fíjate, yo delante del emperador... ¿No es para tener miedo?

—Pues yo te acompañaré... Vamos.

Y juntos salieron para dirigirse al lugar donde el emperador estaba pasando unos días alejado de la corte de Viena.

LA ENTREVISTA REGIA

EL káiser Fernando se pasaba el día repasando sus antigüedades y las nuevas que iba adquiriendo. Era aquélla su distracción favorita y disfrutaba con ello mucho más que con las intrigas de la corte, muy especialmente con las de la archiduquesa Sofía, que constantemente le aconsejaba su renuncia al trono en favor de su hijo Francisco José.

Uno de sus oficiales le anunció la visita de la baronesa diciéndole:

—Con la venia de Su Majestad.

—¿Qué ocurre? — preguntó el emperador que en aquel momento se hallaba identificando la autenticidad de una gema recién adquirida.

—La señora baronesa María Ilona de Wolkersdorf, Majestad.

—Ah, sí—exclamó el mortero —que espera un momento, — Siguió su trabajo y cada vez más distraído, preguntó—: ¿Qué es lo que desea de mí?

—Vuestra Majestad le ordenó que viniese hoy a Palacio... Vuestra Majestad también se ha dignado llamar a la archiduquesa Sofía y a su Excoelencia el señor Ministro de Estado, lo mismo que a su Alteza el Feldmariscal, que aguardan fuera... Todos ellos están en el salón gabelino.

El emperador parecía no escucharle y seguía mirando con la lupa la gema que tenía en sus manos, exclamando finalmente:

—Hay que ver hasta qué punto llega la desvergüenza de ese Ma-biehl... Quiere engañar hasta a su

propio Emperador... A esto se atreve a llamarle una gema antigua... Fijate bien — le dijo al oficial, el cual no entendía nada de aquello— ¿Sabes lo que es esto?... Pues una porquería, nada más. No volveré a comprarle nada más... Qué estafador... Y ahora dime, muchacho, ¿Qué es lo que quiere la vieja de mí?...

—¿A quién se refiere Vuestra Majestad?—preguntó el oficial.

El Emperador se echó a reír al notar lo fingido de aquella pregunta y le dijo:

—¿Por qué te haces el tonto? Hablo de mi querida prima la archiduquesa Sofía... Algo querrá de mí. Siempre que viene es para pedir algo... Dice que me dedique por completo a mis colecciones, que me divertirá muchísimo más siendo un particular... Bien... ¿Qué hay de nuevo ahora? Ah, sí, los húngaros... Los húngaros que están cada día más susceptibles y más orgullosos... Si ese Kossuth... Ese sí que debería venir a verme alguna vez... Yo creo que nos pondríamos de acuerdo en seguida. Ya lo creo que nos pondríamos de acuerdo. Bien, pues que pase la baronesa.

Salió el oficial y poco después entró de nuevo anunciando:

—La baronesa Wolkersdorf, Majestad.

María Itona entró en el salón donde se hallaba el Emperador o hizo una profunda reverencia hasta que el kaiser le dijo:

—Os ruego que os acerquéis más, baronesa... La archiduquesa Sofía me ha hablado mucho de vos.

Advirtió cierto temblor en la joven y le preguntó cariñosamente:

—Pero, baronesa, ¿qué os ocurre? ¿Tenéis frío? Está encendido el fuego, podemos sentarnos junto a la chimenea, si queréis.

María Itona no se atrevió a decirle que aquel temblor era motivado por verse en presencia del Emperador, y éste, siempre en tono cariñoso, siguió diciéndole:

—Sois muy linda, baronesa. Sencillamente encantadora... Sentaos.

La baronesa cumplió la orden del Emperador, después que éste lo hubo hecho y el kaiser siguió diciéndole:

—Vuestro padre será húngaro y partidario de Kossuth, ¿verdad?

—Mj padre ha muerto ya, Majestad—respondió la joven—, pero fué siempre un buen amigo de Kossuth.

—Perdonad, baronesa. No lo sabía—se excusó el Monarca—, Ese Kossuth debe ser una persona muy extravagante... Aunque creo que debe valer mucho... Un poco exagerado como todos los idealistas,

pero eso se arregla con el tiempo... Los húngaros creen que yo ya soy demasiado viejo y decrepito. ¿verdad?

—No, Majestad — respondió la baronesa.

—Mi queridísima cuñada, la archiduquesa Sofia, tiene la misma opinión de mí... No creáis que lo tomo a mal... Creedme, baronesa, la vida es así... La persona decente que no hace nunca daño a nadie, pasa por estúpida... También tenéis cara de buena... Vuestro rostro y vuestros ojos tienen una expresión de candor que enamora... Me recuerda mi juventud, en la que me miró en unos ojos como los vuestros.

—Majestad—respondió humildemente Maria Ilona—, vuestra benevolencia me llena de confusión.

—No os ofendáis porque os haya dicho todo eso, baronesa. Bien, ahora iremos a reunimos con los otros señores... ¿No os parece? Mi Feldmariscal nos aguarda... Ese Windigratz hubiera querido inventar la pólvora por su cuenta... Y con él Sofia. Cuando vienen juntos algo quieren de nosotros. ¿Vos sabéis qué es lo que quieren?

—Sí, Majestad—respondió la baronesa.

—De mí quieren que abdique, ya

lo sé. De vos, que hagáis entrar a Kossuth por el camino de la razón, de la razón de ellos... Esto es obra de Schwarzenberg, sin duda, mi nuevo ministro de Estado. Ese sí que vale mucho, muchísimo.

—Eso me colma de satisfacción, Majestad—respondió la baronesa, sin poder ocultar la alegría que le causaban los elogios del Emperador hacia la persona del conde.

—¿Lo conocéis? — preguntó el Emperador.

—Sí, majestad.

—¿Queréis permitirme que os ofrezca el brazo, señora baronesa? Podemos hacer como si fuéramos dos enamorados, ¿verdad?... Espero que no os ofenderéis por eso.

—Por favor, Majestad... No quisiera contrariaros...

—¿No? Pues entonces vamos del brazo...

Segundos después aparecieron donde los esperaban los demás señores y el emperador les dijo:

—Bueno, aquí estamos... Suplico a todos que tengan la bondad de no molestarme... Mi querida baronesa conoce ya a los presentes. Huelga las presentaciones, señores... Sentémonos todos.

Cumplieron todos el ruego del monarca y el Ministro de Estado comenzó a hablar diciendo:

—Puedo asegurar que la baronesa es austriaca, en cuerpo y alma y que desea igual que nosotros, como húngara de nacimiento, un arreglo pacífico con el país hermano.

El emperador sonrió irónicamente y exclamó:

—País hermano... Es un nombre muy bonito para nuestra querida Hungría... Podríamos hacerlo imprimir en los libros de texto.

—Estás divagando, querido conde—intervino el general con la vehemencia propia de un militar que no sabe nada de política y que cree que todo debe solucionarlo las armas— Ahora pretendes matar gorriones a morterazos... No hace falta diplomacia. La baronesa conoce su obligación. Pues a obedecer y nada más.

El emperador miró a la baronesa y al ver la cara de miedo que había puesto al oír al general le dijo sonriendo:

—No dejéis que se os atemorice, baronesa. Han cometido un pequeño error. El feldmariscal cree hallarse ante un recluta.

—Ahora sí que no lo entiendo—insinuó María Ilona—. ¿Tengo yo una misión que cumplir?

—Tendréis que hacer un viaje a Hungría—le explicó la archiduquesa Sofía—. Ese es el plan de nues-

tro Ministro de Estado... Es preciso que veáis al patriota Kossuth e intentéis convencerle de que no haga tantos discursos en contra nuestra. El emperador os concedería, entonces, algunos de vuestros deseos.

—Comprendo—respondió María Ilona.

El conde que adivinó cierto malestar en Ilona, trató de hacerle ver cuál era su verdadero deseo y su interés en proteger a los húngaros, por lo que se apresuró a explicar:

—Nosotros nos comprometemos a no dar un paso hasta recibir noticias vuestras.

—Bien—terminó diciendo María Ilona—. Haré el viaje y lo intentaré.

—Os quedo agradecido, querida baronesa—le dijo el emperador, dando por terminada la reunión—. Ya conocéis vuestra misión... Dios os acompañe.

—Gracias, señor—respondió María Ilona.

Y aquella misma tarde la baronesa dispuso todo lo necesario para su marcha a Hungría, donde pensaba encontrar a Kossuth y hacerle las proposiciones que el mismo emperador y el Ministro de Estado le habían hecho.

Mientras tanto, en Hungría se había ido fomentando la insurrec-

ción y Kossuth no tenía un momento de descanso con el fin de que todos los patriotas se alistasen para luchar por la independencia del país.

Eran ya muchos los oficiales que habían desertado de las filas austríacas para alistarse en el ejército de su país que se estaba formando y no daban reposo trabajando en las fortificaciones, con el fin de que, llegado el momento, pudieran hacer frente a los ejércitos que Austria enviaría en contra de ellos para someterlos por la fuerza.

En Viena también se trabajaba por Hungría y estaba la capital austríaca cuajada de espías que continuamente enviaban noticias al cuartel general húngaro de cuanto se tramaba y se hacía allí.

Al día siguiente de haber salido María Ilona de Viena camino de Hungría, un oficial se presentó al cuartel general preguntando por el coronel Gergey, que era quien había tomado el mando de las tropas insurrectas.

—Hace un cuarto de hora que pesó por aquí — le dijo otro oficial—. Debe estar en las fortificaciones.

Allí se fué el oficial que preguntaba por él y cuando llegó a las fortificaciones volvió a preguntar:

—¿Está aquí el coronel Gergey?

—Sí, aquí estoy—respondió el coronel, dejando de trabajar—. ¿Qué hay?

El oficial le mostró una paloma que llevaba en las manos y le dijo:

—Un mensaje de Viena, mi coronel.

Gergey quitó de la patita del animal el mensaje que se le enviaba y leyó el contenido en el cual se le avisaba que María Ilona había salido camino de Hungría en misión especial y que bien pudiera ser la de espía.

—Está bien—exclamó el coronel cuando hubo leído el mensaje—. Que se vigilen los caminos y detengan a María Ilona. Guárdenle todos los respetos y tráiganla a mi presencia.

El oficial se marchó para cumplimentar la orden, mientras que la joven baronesa, ajena al recibimiento que la esperaba en su país, había cruzado ya la frontera y se acercaba a la ciudad donde se hallaba instalado el cuartel general.

En un pueblecito próximo vió reunida gran muchedumbre y a un hombre que, subido sobre una carreta, hablaba a toda aquella gente que le oía extasiada. Era Kossuth que decía a sus compatriotas:

«Preferimos la muerte a la esclavitud.»

María Itona se detuvo, confundida con toda aquella gente para seguir escuchando a Kossuth, que siguió diciendo:

«Pedimos que nos sean concedidos nuestros derechos, los derechos que nos legaron nuestros antepasados. Debéis estar preparados en todo momento a abandonar vuestros hogares. A dejar vuestras mujeres y a vuestros hijos, cuando yo os llame para que emprendáis la lucha contra el opresor.»

En aquel instante empezaron a cantar el himno nacional, y María Itona, ante el fervor de sus compatriotas, se sintió contagiada por ellos y enlazando sus manos a los que estaban junto a ella, lo mismo que hacían los demás, cantó también emocionada aquel himno que tantas veces había oído de niña en su casa.

Apenas el himno se había acabado cuando apareció en la calle una patrulla de fuerzas austriacas y la multitud se disolvió rápidamente. Kossuth montó a caballo y milagrosamente pudo escapar sin que los soldados pudieran prenderle.

María Itona se quedó rezagada junto a un labrador que tenía allí su carreta y que le dijo cuando hubo pasado la tropa:

—Por casualidad no han cogido a Kossuth.

—Sí — respondió María Itona emocionada por lo que había presenciado —. ¿Puede usted acompañarme? Es preciso que yo vea a Kossuth.

El labriego la miró extrañado y le respondió:

—Tendrá que prepararse para recorrer toda Hungría. Hoy se encuentra aquí, mañana en otro lugar y pasado sabe Dios dónde.

—Eso me es igual — dijo María Itona —. Tengo que verle.

—Pues suba en la carreta y la llevaré al pueblo próximo. Es fácil que vaya adonde está el coronel Gergey.

Partieron camino de donde decía el labriego y cuando ya estaba cerca del lugar adonde iban se les acercó de repente una patrulla de fuerzas húngaras y los detuvo diciéndoles:

—Alto... Baronesa, el coronel Gergey desea verla... ¿Me permite ordenar que la acompañen?

Itona conoció inmediatamente al oficial que daba la orden y exclamó alegremente:

—Comandante Mezzaros... ¿Está usted también aquí?

—Todos estamos aquí cumpliendo con nuestro deber — respondió el comandante —. Huí de Viena al día siguiente que su hermano.

—¿Y puede usted decirme dónde está mi hermano?—preguntó Iona.

—Creo que debe estar por aquí también—le respondió el comandante.

—Entonces quizás pueda verle hoy... Comandante, quiero que me lleven en seguida a ver a Kossuth.

El comandante se volvió a uno de los que le acompañaban y le ordenó:

—Brigada, por el camino más rápido, acompañe a esta dama al coronel Cergey.

—Está bien, mi comandante —respondió el brigada colocándose al lado de la carreta y dando la orden de partir.

ACUSADA DE ESPIA

LO que menos podía suponer la baronesa era el que estuviera detenida, y menos aun que esta detención obedeciera a las sospechas de que se trataba de una espía. Iba confiada sin temor alguno, ya que su conciencia no la acusaba de cometer ningún delito.

Por fin, al cabo de una hora de caminar llegaron adonde estaba el coronel Gergoy, quien al verla entrar se levantó respetuosamente y le dijo:

—Baronesa. Me sorprende verla en Hungría.

—También a mi me sorprende que supiesen mi llegada.

—Se la esperaba y por eso se la vigilaba de cerca—respondió el coronel.

—¿Que se me vigila? ¿Acaso soy una enemiga?

—Se trata de simples formalidades, baronesa. No se ofenda usted por tan poca cosa... Me han dicho que desea usted ver a Kossuth.

Había en las palabras del coronel tal reticencia que María Ilona empezó a comprender que se la trataba como si evidentemente fuera una enemiga declarada de la causa que ellos defendían. No obstante, no hizo ninguna alusión al trato y respondió secamente:

—Sí, vengo en misión especial.

—¿Y en qué consiste esa misión? ¿No puede decírmelo a mí?

—Mi mensaje va dirigido a Kossuth en persona—respondió altivamente la baronesa.

El coronel sin perder su aire acusatorio siguió diciéndole:

—Me parece muy bien que se haya usted acordado de su gran compatriota Kossuth... Sin embargo, no puedo dejarla pasar sin registrarla primero.

María Hona le miró sorprendida y exclamó indignada:

—¿Cómo? ¿Registrarme?... No creerá usted que llevo armas escondidas... Ha de saber que he venido únicamente para ayudar a Hungría.

—Admirable—exclamó el coronel irónicamente. Esto es admirable... Una austriaca que se dispone a ayudar a Hungría.

—Una húngara, coronel—exclamó altivamente—. Soy tan húngara como usted.

—Su hermano no es de su mismo parecer, baronesa.—Y volviéndose a un oficial le ordenó: Que venga el capitán Inrei.

—¿Inrei?—exclamó alegremente María Hona al ver que iba a estar junto a su hermano, a quien tanto quería—. ¿Está aquí?... ¿Cómo se encuentra?

Antes que respondiera el coronel apareció Inrei; miró a su hermana y sin hacer un gesto siquiera que expresase el menor sentimiento por volverla a ver, se cuadró militarmente ante el coronel, que le preguntó:

—Capitán, ¿podría decirme qué es lo que busca la baronesa en Hungría ahora? La hemos tenido que detener por sospechar que ejerce espionaje.

María Hona miró asustada al coronel y protestó indignada:

—¿Qué es lo que está usted diciendo? ¿Espionaje?... Esto es monstruoso... Inrei, por favor, hable tú, di algo...

Inrei, haciendo un gran esfuerzo, para que sus palabras pudieran ser sinceras, pero que no acusasen a su hermana, respondió:

—Mi hermana es la prometida del conde Schwarzenberg.

—¿Del Ministro de Estado?—preguntó extrañado el coronel.

—Sí—afirmó la baronesa—. Soy su prometida y enviada. No de él, sino del propio emperador. —Se acercó a su hermano y le miró suplicante diciéndole—: ¿Pero es que tú crees, acaso, que yo soy un espía?

—Hable, capitán—le ordenó el coronel.

—No lo sé—respondió Inrei sin querer acusar a su hermana, pero tampoco sin querer defenderla.

Ante la actitud del capitán Inrei el coronel quedó unos segundos pensativo, hasta que finalmente murmuró, como si hablara consigo mismo:

—Quien ama es peligroso. Quien ama se olvida de sí y de los suyos... Hasta de su patria.

—Basta— exclamó María Ilona, no queriendo sufrir más ofensas—. Ya he aguantado demasiado. ¿Ha vuelto el odio tan ciegos a los húngaros que ya no comprendéis quién está con vosotros? No merecéis que os ayuden...

En aquel momento entró Kossuth y María Ilona que lo reconoció inmediatamente, exclamó:

—Kossuth.

—¿Me conoce usted, señora?— preguntó el patriota, sin reconoceria.

—Yo soy María Ilona.

—Ilona— exclamó Kossuth acordándose de ella—. Claro que la reconozco. ¿Qué es lo que desea?

—El emperador Fernando me envía a usted con una misión... Pero estos señores me creen una espía.

—Bah— respondió Kossuth sin dar gran importancia—. No se preocupe por eso. Los militares creen que hasta las nubes que vienen de Austria son espías. Son así y tienen que ser así... ¿Qué pasa? Hable usted.

El coronel se acercó a Kossuth y le dijo:

—No se fie usted, presidente, de los Habsburgo. Mandan la pri-

mavera como los precursores del granizo.

—A mí no me engañan, Gergey—le dijo Kossuth—. En Viena dan buenas palabras, pero luego no las cumplen... Escucharé lo que la baronesa tenga que decirme.

—El Ministro de Estado obra de buena fe—le dijo María Ilona—. Yo lo sé. Yo puedo responder de él.

—Siéntese cómodamente, Ilona—le dijo Kossuth—, y dígame por qué la han escogido a usted precisamente para que me hable.

—Eso no lo sé. Yo tampoco quería venir—confesó la baronesa.

—¿Y la convencieron al fin? Su padre fué un buen amigo mío, pero desconozco las ideas políticas que pueda usted tener.

—Nunca he tenido yo nada que ver con la política, ni la entiendo—respondió tan ingenuamente, que Kossuth quedó convencido de la buena fe con que obraba María Ilona.

—¿Por qué se ha encargado entonces de esta misión?

—Por amor a un hombre—le respondió con toda su sinceridad María Ilona.

Kossuth se la quedó mirando fijamente. Leyó en la claridad de sus ojos tanta verdad que terminó diciéndole:

—La creo a usted... ¿Qué es lo que tiene que decirme?

Y mientras que María Ilona estaba en Hungría, en Austria sucedían graves acontecimientos que iban a anular por completo el viaje.

El conde esperaba ansiosamente noticias de la baronesa en su palacio, cuando se le presentó su secretario. Al verlo el conde se apresuró a decirle:

—Gracias a Dios que has vuelto. ¿Hay algo nuevo en Viena?

—Mucho, excelencia—respondió el secretario—. Hay una animación enorme... Todos están conformes con que el kaiser Fernando abdique... No quieren que la coronación sea en Viena, sino aquí, en Olmutz.

—¿Y de la baronesa?

—Aun no hay noticias—respondió el secretario.

—Si viene algo comuníquemelo en seguida... Tal vez no sea demasiado tarde.

El conde temía que con la abdicación del kaiser se fueran por tierra todas las posibilidades de arreglar pacíficamente el conflicto con Hungría. Sabía las intenciones del general y la influencia que éste ejercía sobre el nuevo emperador y temía con razón de que el asunto de Hungría entrase en una fase de verdadera catástrofe.

Según le había dicho su secretario, al día siguiente en Olmutz el emperador Fernando reunía a sus ministros y le leía la abdicación que decía:

«Motivos de importancia nos han movido a tomar la decisión irrevocable de abdicar nuestra corona imperial a favor de nuestro muy querido sobrino Su Alteza el archiduque Francisco José, al que me complace en declarar mayor de edad.»

Leída la abdicación el joven archiduque se acercó al trono y besó la mano de su tío, que le dijo emocionado:

—Sé bueno, Francisco... Esto lo hago gustoso.

Terminada la ceremonia, el nuevo emperador reunió a sus ministros y le dió varias instrucciones.

Al quedar a solas con el Ministro de Estado le dijo:

—Como nuevo emperador de Austria y rey de Hungría...

—Perdonad, Majestad—le dijo respetuosamente el Ministro de Estado—, que me permita hacer una observación. Sólo cuando Vuestra Majestad haya sido coronado en Ofem con la sagrada corona de San Esteban, será Vuestra Majestad rey de Hungría.

Francisco José miró molesto a su Ministro de Estado y le respondió:

—Aunque no os lo había pedido, gracias por vuestra advertencia, señor Ministro.

El general le miró interrogativamente y el emperador le dijo:

—Sigue en pie la orden que he dado. Penetraréis inmediatamente en Hungría, por la fuerza.

Aquella era una orden que echaba por tierra toda la política del Ministro de Estado, quien además de esta forma faltaba a la palabra dada a María Ilona. Su situación era tan violenta que inmediatamente de oír la orden dada por Francisco José, se apresuró a decirle:

—Perdónad, Majestad... Estamos actualmente en negociaciones y aguardamos en este momento el resultado de las mismas.

—Ya hemos esperado demasiado —respondió Francisco José.

El Ministro de Estado hizo una

profunda reverencia al mismo tiempo que le decía:

—Al comprobar que tengo la desgracia de que mi opinión no esté de acuerdo con la de Vuestra Majestad, espero ser sustituido de mi cargo.

Francisco José comprendió que había dado un paso en falso. Sabía lo que valía el conde y por lo mismo quiso dulcificar su tono y le respondió:

—No, mi querido conde. Seguiréis en vuestro puesto. En estos instantes necesito de vuestros consejos, aun cuando a veces no pueda aceptarlos... La rebelión en Hungría me obliga a que le declare país enemigo... Se cumplirán mis órdenes y vos quedaréis al frente de vuestro Ministerio.

El conde no tuvo más remedio que seguir en el puesto de Ministro de Estado, al mismo tiempo que los ejércitos austriacos partían para Hungría.

UNA NUEVA MISION DE MARIA ILONA

Las negociaciones de Maria Ilona y Kossuth habian llegado a un final satisfactorio. En su última entrevista, Kossuth le entregó un pliego a la baronesa, diciéndole:

—Tenga, Ilona, que llegue usted bien a Viena.

—Gracias—respondió Maria Ilona—. Estoy muy contenta de saber que no habrá guerra, y más aún de que yo pueda ayudar a mi patria.

En aquel momento entró un oficial apresuradamente, y Kossuth preguntó extrañado, de la forma en que le vió entrar.

—¿Qué ocurre?

—Mensaje de la frontera—dijo el oficial.

El comandante Mezzaros leyó lo

que decía el mensaje y le dijo a Kossuth:

—El emperador Fernando ha abdicado... Francisco José es emperador de Austria... El general Windisgratz ha cruzado la frontera esta mañana con sus fuerzas.

Ilona sintió que el corazón no le latía. La noticia no podía ser más funesta para todos. Su misión había sido nula, y además todos podían creer que no era verdad, cuanto había dicho. Tan solamente una esperanza le quedaba para que creyesen en su inocencia, y era la de que el conde hubiera dimitido de su cargo. Segura de que así lo había hecho, preguntó:

—¿Y el conde Schwarzenberg?

—Sigue siendo... Ministro de Estado.

—Gracias por los informes—respondió el coronel Gergey.

—Esto es la guerra—exclamó Kossuth.

—Pero el conde no puede consentirlo—protestó Ilona—. Me ha mandado aquí porque quería la paz.

Kossuth se llevó al conde a otra estancia y le preguntó:

—¿Qué se ha de hacer de momento, Gergey?

El coronel le habló con toda franqueza, diciéndole:

—No tenemos ejército... Necesito tiempo... Tengo pocos soldados preparados y necesitamos armas. Tendremos que replegarnos a los Cárpatos... Hungría queda muerta durante el invierno. Yo instruiré al ejército... y en la primavera atacaremos.

—¿Se dejarán engañar en Viena por la aparente tranquilidad de Hungría?—preguntó Kossuth.

—Hay que hacerlo creer. La baronesa puede hacernos ese servicio.

Salieron nuevamente adonde estaba la baronesa. La pobre María Ilona sentía toda la indignación propia de la persona que se siente que ha sido engañada, y el coronel le dijo:

—Debe regresar en seguida a Viena, baronesa... Usted les contará que Hungría duerme... Que no existe ya el ejército húngaro... Que

el pueblo está conforme... Trate de engañarles.

María Ilona no respondió. Aquel engaño del que creía ella que la habían hecho objeto no solamente mataba las ilusiones que había puesto en la salvación de Hungría, sino que dudaba hasta del amor que el conde sentía por ella.

Kossuth siguió diciéndole:

—Tiene usted una misión nueva que cumplir, baronesa... Velar por el bien de Hungría.

—Bueno—acepto decididamente—. Iré a Viena y haré cuanto pueda por ayudarles. Ahora ya sé lo que significa: decir diplomacia... Antes, no.

A pesar de la negativa del nuevo emperador en aceptar la dimisión del conde, éste seguía insistiendo en ella, ya que comprendía que al regreso de María Ilona, tendría que darle una explicación de su actitud. Pero el emperador volvió de nuevo a decirle:

—No quiero aceptar su dimisión, conde... No basta tener las mejores armas disponibles, preciso los mejores cerebros.

El conde insistió de nuevo diciéndole:

—Ruego a Vuestra Majestad se sirva tener en cuenta que no veo con buenos ojos la política seguida contra Hungría y que seguiré des-

aprobándola... Envié a la baronesa con la aquiescencia de todos a ver a Kossuth y sin esperar a que regresara la baronesa se ha empezado el avance.

—Incluso se ha llegado a Budapest sin encontrar resistencia alguna. La rebelión está sofocada. Esta expedición no ha sido más que el principio... Quiero reconstruir una Hungría más moderna y más próspera... Supongo que en eso me ayudaréis, ¿verdad? Os ruego que no me abandonéis en estos momentos, conde... La patria os necesita.

—Majestad—respondió el conde, creyendo de buena fe las promesas del emperador— Para la reconstrucción de Hungría me pongo a vuestra disposición.

—Gracias, conde.

Más satisfecho con las promesas de Francisco José, el conde se fué a casa de la baronesa, para esperar su llegada.

Teresa quedó sorprendida al verlo y él le explicó su presencia diciéndole:

—Pronto volverá la señora baronesa... Hoy a mediodía se me comunicó que había cruzado ya la frontera...

—Qué sorpresa se va a llevar la señora baronesa cuando le vea aquí—le dijo la criada.

Por fin, al cabo de media hora

sonó un carruaje abajo y el conde se apresuró a mirar por la ventana llevado del presentimiento de que debía ser la baronesa. No le engañó su corazón, puesto que vió descender de la carroza a María Ilona, que preguntó al ver a Teresa esperándola:

—¿Estás aquí?

—A sus órdenes, señora baronesa—respondió la sirvienta.

Subió a las habitaciones al saber que el conde la esperaba y al verla exclamó el ministro:

—Por fin. Empezaba a creer que no querías volver más a nuestro lado... Cuéntame cómo te ha ido todo.

Todo aquel amor que tantas veces le había demostrado María Ilona, parecía haberse esfumado de su corazón, por la frialdad con que acogió el saludo del conde. Interiormente pensaba María Ilona que parecía imposible que aquel hombre la amase y al mismo tiempo la hubiese engañado de la forma que lo había hecho enviándola a una misión que solamente podía conducir al fracaso. Creyó, como todos los húngaros, que era un enemigo acérrimo de ellos y le respondió, sin la menor emoción:

—Es largo el viaje... Aun estoy sorprendida de que estés aquí conmigo.

El intentó abrazarla, pero ella le rehusó excusándose:

—Perdona, pero he de coordinar mis ideas... déjame volver en mí... ¿Qué has hecho entretanto, Carlos? ¿Sigues triunfando?... Tenemos un nuevo emperador, ¿no es cierto? Debe quererte, mucho, siendo tú un hombre tan sagaz y tan excelente diplomático.

El conde advirtió que le hablaba con una gran ironía y le preguntó extrañado de su cambio:

—¿Qué te pasa, Iлона?... Estás cambiada.

—Pero Carlos—le respondió ella queriendo usar la misma diplomacia, que según ella, usaba el conde— ¿Tú sabes lo que es pasarse cuarenta y ocho horas en un coche? Se llega a casa sin ánimos para nada... ¿Y tú has vuelto a dedicarte a la política de lleno?

Carlos le respondió con una sinceridad que a María Iлона dejó sorprendida, aunque prontamente reaccionó.

—De buena gana me hubiera retirado, pero el emperador no quiso aceptar mi dimisión... No he querido yo la guerra con Hungría. Me opuse terminantemente a ello, pero las circunstancias y la situación exterior pudieron más que yo... y creo que es conveniente que continúe siendo Ministro de Estado. Es

de la única forma que podré hacer valer toda mi influencia en favor de tu patria... Pero dejemos la política. Ahora tenemos que discutir algo más importante para nosotros. Tenemos que hablar de nuestro porvenir.

Y al ver la actitud indiferente de María Iлона se acercó a ella amorosamente y le preguntó:

—¿Acaso me has olvidado? Dime que no, Iлона, dime que estoy equivocado... Si hubiera sabido lo que iba a suceder, jamás te hubiera mandado a Hungría... ¿Lograste ver a Kossuth? ¿Pudiste hablarle?

María Iлона pensó un momento su respuesta y al fin le respondió:

—Sí, le he visto y le he hablado. Está materialmente deshecho por todo lo ocurrido desde la coronación... Me ha dado palabra de que él renuncia por completo a la lucha, lo mismo que el coronel Gergay... Hungría duerme... No existe ya el ejército húngaro... El pueblo está ya conforme con todo...

El conde no dudó un instante de la sinceridad de las palabras de María Iлона; tenía tanta fe en ella que no podía creer que la joven baronesa fuera tan buena diplomática para mentirle con aquel aplomo que lo hacía, traicionando incluso sus mismos sentimientos. Satisfecho por

aquella noticia que le daba, exclamó:

—Lo que ahora me dices tiene mucha importancia.

Maria Ilona, realizado aquel esfuerzo de mentir, no pudo contenerse más tiempo y arrojándose a los brazos del conde le preguntó implorante:

—Carlos, ¿por qué me has hecho tú eso, por qué?

—No te entiendo—respondió el conde—. ¿Qué es lo que yo te he hecho?

Ella siguió diciéndole:

—Yo sólo tengo un corazón, tan solamente un corazón, y no puedo repartirlo entre dos... Eso no puede ser... No puedo perderlo...

El Ministro, pálido como si acabaran de darle la peor noticia que podía recibir, preguntó ansioso:

—¿Amas a otro, quizás?

—No, no es a un hombre a quien yo amo... Es a Hungría... Este viaje me ha hecho mucho mal.

El la acarició y procuró calmarla diciéndole:

—Olvidarás muy pronto ese viaje. Hemos de casarnos por fin.

Maria Ilona se opuso débilmente. No quería casarse con un hombre a quien acababa de traicionar de aquel modo, dándole unas noticias que eran falsas. Quería que pasase el invierno, que terminase la guerra con Hungría y entonces poderse unir a él libremente, sin ninguna clase de remordimientos.

Y por esta razón le dijo:

—Dame tiempo, Carlos... Será mejor después del invierno.

Y Carlos, como siempre, dejó al arbitrio de ella que señalase la fecha en la que unirían sus vidas en el lazo irrompible del amor.

HUNGRIA SE PREPARA

SIGILOSAMENTE, sin que nadie pudiera sospecharlo, el ejército húngaro iba formándose rápidamente a las órdenes del coronel Gergey.

En el interior de los Cárpatos todo el esfuerzo estaba dedicado a la guerra y se perseguía principalmente a los espías. De que no se supiera nada en Viena, dependía principalmente el éxito de los trabajos que allí se estaban realizando.

Kossuth, por su parte, seguía reclutando gente y enviándosela al coronel para que la fuera instruyendo. El invierno iba ya a su final, cuando un día le preguntó Kossuth al coronel:

—¿Cómo va todo, coronel?

—Seis semanas más y habremos

hecho de labriegos y pastores el mejor ejército de Europa.

—Mañana llegan otros 10.000 hombres, y dentro de unos días llegará la legión italiana.

Después de haber tenido este cambio de impresiones Kossuth abandonó el campamento y apenas hacía media hora que él se había ido, cuando entró Inrei, acompañado de varios soldados, que llevaban a un hombre detenido. Cuadrándose militarmente ante el coronel, el hermano de la baronesa le indicó al hombre que llevaba detenido diciéndole:

—Mí coronel, el espía.

—¿Ha declarado? — preguntó el coronel.

—Nada—respondió Inrei.

—Pues que le ahorquen.

Al ver aquello el detenido se excitó como hasta ahora no lo había hecho y exclamó asustado:

—¿Ahorcarme?... Coronel, suplico la gracia de morir fusilado.

—¡Ah! — exclamó el coronel, comprendiendo la súplica del prisionero — ¿Luego usted es un oficial austriaco?

—Sí, mi coronel — respondió el otro.

—Está bien — respondió al fin el coronel — Le concedo la gracia que pide... ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Nada, coronel. Muchas gracias.

—Llévenselo — ordenó el coronel a los soldados. Y al quedar a solas con Inrei le dijo: — Este es el sexto espía en una semana. Parece que el ministro austriaco no parece muy seguro de que Hungría duerma... Hemos de intentar que el general Windisgratz abandone Ofen y marche a Viena.

Quedó vos segundos meditando, y al fin dijo al teniente:

—Su hermana de usted debe intentar atraer a Windisgratz a Viena... Así tendremos más tranquilidad. La dificultad está en quién enviaremos.

—Déjeme ir a mí, mi coronel — le pidió Inrei —. Quisiera volver a ver a mi hermana.

—Bien, pero no se deje atrapar... Saldrá usted inmediatamente.

Y, en efecto, tres días después, Inrei había conseguido pasar la frontera sin ser descubierto y llegar al palacio donde vivía su hermana. Le expuso el motivo de su viaje y María Ilona lo rechazó diciéndole:

—No puedo, Inrei... No puedo hacer eso que me pides.

—Piense que es la salvación de nuestra patria. No fuimos nosotros quienes quisimos la guerra. Ha sido el nuevo emperador, Windisgratz, debe salir de Ofen y alejarlo de Budapest... Todo depende de ello... Te prometes oficialmente al conde, das una gran fiesta e invitas a ella a Windisgratz con toda ceremonia... Estoy seguro de que acudirá.

—Inrei — suplicó ella dolorosamente —. Casi había olvidado ya esa misión... No me obligues a tanto, ya fué bastante difícil cumplir lo que os había prometido... Ahora quieres volver a envenenarme la vida con la política... No tengo condiciones para ello, prefiero vivir olvidada y feliz en cualquier rincón... ¿Tú no te das cuenta de lo que exigen de mí? Quieren que me prometa a Carlos para traicionarle... No puedo hacerlo...

—Es parte de tu misión, Ilona... De la misión que te comprometiste a realizar — insistió su hermano:

En aquel instante se oyó la voz del conde y María Ilona y su hermano, que iba disfrazado de modisto, fingieron estar mirando un catálogo, que a propósito llevaba Irrei. El conde al verlo le preguntó a su prometida:

—¿Tienes visita?

María Ilona temió por su hermano. Sabía que si lo descubrían no habría salvación para él y se apresuró a decirle al conde:

—Sí, es el modisto. Pero ya se va.

—¿Querías enseñarme lo que has elegido? — le preguntó el conde.

—No, no — le dijo María Ilona, llevándose a otra habitación, con el fin de poder despedir a su hermano—. Quiero que sea una sorpresa para ti. Espérame aquí.

Entró el conde y María Ilona volvió a donde estaba su hermano, quien le dijo nuevamente:

—El vestido que tu vas a encargar es el de prometida.

—Yo te aseguro que haré lo que tenga que hacer—respondió María Ilona—. Déjame tiempo. Vete.

Cuando su hermano se hubo marchado la baronesa entró a donde estaba el conde y le dijo, decidida a ayudar a sus compatriotas:

—Carlos. He encargado al modisto el traje para nuestro compromiso... ¿Qué dices a eso?

—¡Admirable!—exclamó el conde abrazándola emocionado.

—Creo que tenías razón—siguió diciéndole la baronesa—. Debemos hacer público que estamos prometidos.

—¿Y para cuándo será?

—Primero tendrás que ayudarme a las invitaciones—le dijo ella zalamera—. No conozco a nadie de tu familia, excepto a Windisgratz, a quien desde luego invitaremos.

Y de aquella forma fué como María Ilona se avino a lo que nuevamente exigía de ella la política, aquella política de la quien siempre había huido y en la que se encontraba ligada en contra de su propia voluntad.

Por la noche se hallaba María Ilona en el teatro con su tía, cuando en un entreacto se le acercó a su palco el conde y le dijo, después de saludar a las dos damas:

—Tengo que hablar contigo.

Salió al antepalco, donde nadie pudiera oírlo y volvió a decirle:

—Tu hermano ha sido detenido. ¿Por qué se ha presentado en Viena?... ¿Ha estado a verte?

—Le he invitado a la fiesta de nuestros sponsales—le dijo ella, no queriéndole decir la verdadera causa de su estancia en Viena—. Estuvo aquí y quiso protestar de ello el pobre muchacho. Yo sólo me rei de él...

¿Y está detenido? Le había amonestado yo por ser tan poco prudente... ¿Puedes ayudarle, Carlos?

—Ha cometido una torpeza muy grande... Windisgratz no consiente que me entrometa en ningún asunto militar.

—Pero, Carlos—lo preguntó ella angustiosamente—. ¿Acaso le van a fusilar? Tú no lo puedes consentir... No puedes permitir que fusilen al hermano de la que va a ser tu esposa.

El conde intentó calmar la natural ansiedad de su prometida y hasta casi llegó a insinuarle la posibilidad de que al día siguiente podría ser puesto en libertad.

Pero llegó el día siguiente y el otro y el oficial húngaro seguían en la prisión. María Ilona insistió al ministro y éste le dijo:

—Mi cuñado Windisgratz llegará hoy a Viena y me ha prometido su indulto. Ahora que le exigiré a tu hermano que no vuelva a desertar. ¿Aunque dónde podría desertar? El ejército de Hungría ya no existe, según tú misma me has dicho.

Pero aquel mismo día se recibían en palacio noticias muy contradictorias, a lo que María Ilona había dicho a su prometido. El ejército húngaro había atacado y las fuerzas austriacas habían tenido que eva-

luar Ofen y se veían perseguidas por el enemigo.

Cuando estas noticias llegaron al emperador Francisco José, llamó a su ministro de Estado y después de notificárselas le dijo:

—En este trance nos ha puesto la insensatez de Windisgratz.

—Toda la culpa no es del Feldmariscal, Majestad—le dijo el conde.

—Pues ya ha dejado de ser mi Feldmariscal... Ha sido destituido... Pero tenéis razón... Vos también me habíais dicho que en Hungría dormía todo.

—Recibi un informe confidencial en ese sentido, Majestad—respondió el ministro, sin querer descubrir la persona que se lo había dado.

—Entonces os han engañado—continuó diciéndole el emperador—. Se han acabado ya los miramientos. Tenemos que defendernos... Os transfiero todos los recursos de mi ministerio de guerra... Tendréis que ser duro e inflexible... Ordenad el fusilamiento de todos los oficiales húngaros detenidos. Y no olvidéis un instante que el emperador de Austria no confía más que en un hombre... En vos, conde Schwarzenberg.

Mientras tanto esto sucedía en palacio, en la prisión donde estaba recluido Inreí, acudió a verlo su

hermana y el muchacho al verla entrar corrió a abrazarla diciéndole extrañado:

—¿Tú, Itona?... Creía venían a buscarme...

—No te apures—le animó su hermana—. Todo se arreglará... Kossuth ha triunfado... Hungría es libre.

—¿Es cierto?... ¡Hungría libre!... Libre, por fin... ¡Viva Kossuth!...

—Por Dios, Inrei—le advirtió su hermana—. Ten un poco más de juicio... Eres un chiquillo grande... También tú serás libre, si quisieras ser un poco obediente. Has de obedecerme a mí... ¿Has comprendido? Ahora viene la paz. Tú no has de tomar parte en nada... Sólo una persona me interesa en estos instantes... Tú... Estoy muy preocupada por ti.

—Pero, ¿qué importo yo?... Hungría es libre.

—Escúchame, Inrei, los húngaros no están aun en Viena, todavía tardarán en llegar. Aquí tú eres un prisionero y estás sujeto a la jurisdicción de guerra. Es decir, corres peligro... Inrei, te suplico que me hagas un favor... ¿Quieres?

—Lo que quieras, Itona—respondió su hermano.

—Es preciso que salgas de esta cárcel cuanto antes... Yo también

estoy aquí presa contigo moralmente. No tengo ni un instante de tranquilidad, ni un minuto de calma desde que sé que estás en esta celda. Bastará tan sólo con que des tu palabra de honor de que no volverás a desertar para ser libre... Esto te lo puedo prometer... Basta con que digas: «Me quedo con mi hermana».

Inrei miró extrañado a su hermana. ¿Cómo era posible que ella le pidiera aquello? Y para persuadirle de que no lo haría le respondió:

—Ya quebranté una vez mi palabra de honor, por amor a mi patria, cuando marché a Hungría. No puedo hacerlo por segunda vez, hermana... Ahora tiene Kossuth mi palabra, y esta vez la cumplo.

—Pero Kossuth ha triunfado. No puede exigirte que continúes aquí sacrificándote... Necesita tu vida.

—Pides cosas imposibles—respondió Inrei, negándose en absoluto.

—Parece mentira que no quieras ser razonable—le dijo su hermana, tratando de convencerlo cariñosamente—. Piensa, Inrei. Te sería regalada una vida de la que apenas podías gozar... ¿Qué es más interesante para Hungría, tu vida o tu muerte?

—Mi honor, Itona—le respondió.

41— Destrozarla mi honor si hiciera traición a Hungría... Sería un cobarde.

—¿Pero quién se atreverá a decir que tú ya no tienes honor? ¿Por qué has querido conservar la vida?

En aquel instante se presentó la guardia de la cárcel y llamó al detenido diciéndole:

—Tiene que declarar.

Su hermana se abrazó a él temiendo no fueran a fusilarle y el

muchacho la tranquilizó diciéndole:

—No llores, no tienes porque llorar, Itona.

—¿No tengo por qué llorar? — preguntó su hermana creyendo que Inrei le prometía lo que ella le había pedido— ¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Tú mereces ser siempre feliz, Itona.

Se abrazó a ella y salió de la celda para ser conducido a donde tenía que prestar declaración.

LA NEGATIVA DE INREI

EL conde quería ser el mismo quien le tomara declaración, para buscar todos los medios posibles con el fin de salvarlo. Por eso fué conducido al mismo ministerio y una vez allí el conde insistió en lo mismo que María Ilona, obteniendo la misma respuesta. El conde se paseaba intranquilo, hasta que finalmente se sentó ante la mesa de su despacho preguntándole:

—¿No quiere usted darme su palabra de honor?

—No... ¿Ahora que Hungría ha triunfado?

—Está usted muy bien informado—le dijo el conde algo extrañado de que lo supiera.

—Hasta las aves lo cantan en pleno vuelo—respondió Inrei.

El conde, después de pensar un poco sus palabras, le dijo:

—He prometido salvarle a usted y me lo está haciendo muy difícil... Pero yo siempre he cumplido mis promesas... ¿No comprende usted que no puedo mandar fusilar a mi futuro cuñado?

Inrei no protestó una sola palabra y su interlocutor continuó:

—Su sentencia de muerte ha sido dictada ya... Si usted declara que se queda a nuestra disposición en Viena, yo puedo indultarle...

—He dicho mi última palabra—insistió Inrei.

—Recapacite usted un poco—le aconsejó el conde— Yo le ruego que lo haga.

—Moriré por Hungría, como buen húngaro—volvió a decir Inrei.

El conde advirtió que era inútil seguir insistiendo y le dijo:

—Comprendo su punto de vista, señor teniente... pero lo lamento de todo corazón.

En casa de la baronesa, segura ésta de que volvería su hermano, ya que creía que le había prometido acceder a su ruego, se hacía todos los preparativos para recibirle y María Ilona, sin poder contener su impaciencia, se fué al Ministerio para saber cuanto antes la hora en que Inrei sería puesto en libertad, sin poder sospechar lo que había sucedido entre su hermano y el ministro. Cuando llegó al Ministerio se encontró con el ayudante del conde y le preguntó:

—Capitán Salteri, ¿quiero anunciarme al señor ministro?

—Su Excelencia acaba de marcharse a despachar con S. M., pero regresará pronto... ¿Desea esperar la señora baronesa?

—¡Naturalmente que esperaré —respondió ella sonriendo—. ¿Dice usted que está con S. M.? Me lo debía haber figurado... Oiga, Salteri, ¿sabe usted si ha ido el conde a buscar a mi hermano?

—No lo sé, señora baronesa... ¿Quiere usted pasar para esperar dentro unos instantes?

Cuando un rato después entró el

conde y vio a María Ilona corrió a su encuentro diciéndole:

—¿Pero estás tú aquí?

—¿Te disgusta acaso?—le preguntó ella—. Estaba impaciente... No pude esperar y me decidí entrar en tu santuario. Creí que traerías contigo a Inrei.

El conde sintió que se le oprimía el corazón al tenerle que dar la noticia que él sabía a la que tenía que ser su mujer y por lo mismo le dijo:

—Ven... sentémonos aquí.

Ilona lo miró fijamente y le preguntó advirtiendo en su semblante una palidez extraordinaria.

—A ti te ha ocurrido algo desagradable... te lo noto.

—Ilona — comenzó diciéndole él —, lo que tengo que decirte puedes creerte que daría cualquier cosa por no tener que decirte lo.

—¿Qué ocurre? — preguntó ella alarmada—. ¿Ha prometido Inrei?

—No — replicó el conde—. No ha querido dar su palabra de honor... y... se anticipó al cumplimiento de su sentencia, quitándose la vida.

María Ilona ahogó un grito y exclamó llevándose las manos a la cara.

—No, no es verdad lo que me dices... No puede ser verdad...

—Es verdad — respondió el conde bajando la vista al suelo.

Ella le miró fijamente y le preguntó:

—¿Y tú has podido hacer eso? ¿Habías prometido salvarle?

—No pude — respondió el conde —. El era oficial... ¡Ojalá tuviese el emperador muchos que valiesen tanto como él... Sin embargo, tal vez sea mejor, por lo menos no será castigado y no será testigo del hundimiento de su patria.

—¿Del hundimiento? — preguntó extrañada María Ilona —. Si ha triunfado Hungría.

—Los nuevos ejércitos de los Habsburgo marchan hoy... Pronto no existirá ningún rebelde con vida.

María Ilona dejó en libertad su llanto y murmuró:

—Todo... todo lo he perdido... Inrei... Hungría... Ahora ya no tengo patria, ni tengo hermano.

—Ilona — le dijo el conde acercándose a ella cariñosamente —, quiero intentar reponer todo lo que has perdido... Tú y yo nos pertenecemos para siempre.

Ella le miró, comprendiendo toda la nobleza de su alma, pero le respondió:

—Tú eres muy bueno conmigo, pero comprendelo, ahora no puedo pensar en nosotros.

—Créeme que no he podido evitarte ese dolor...

—Lo sé, Carlos, lo sé — le dijo ella —. Soy tu prometida porque te quiero de veras, pero...

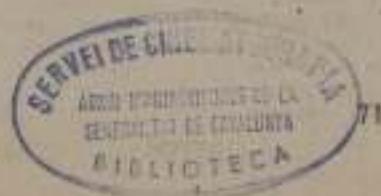
—No me digas nada — le atajó él —. De sobras comprendo la lucha que tu corazón sostiene en este momento... No quiero atormentarte... Comparto tus sufrimientos, Tienes razón, no debemos pensar en nosotros ahora... Promete solamente que algún día nos casaremos...

—Sólo puedo decirte una cosa, Carlos, que eres el hombre más bueno de este mundo.

Y silenciosamente, con el alma transida por el dolor, María Ilona salió del despacho ministerial. Dos grandes recuerdos luchaban en su corazón, el de su hermano y el de aquel hombre que algún día sería también su marido.

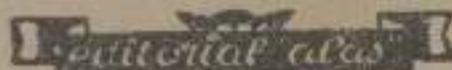
Mientras tanto los ejércitos de los Habsburgo triunfaban en Hungría y acometían a todos los rebeldes, como había dicho el conde.

FIN



Los grandes producciones-La mejor literatura-Los artistas célebres

SIEMPRE EN



EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 pts.

Sigamos la flota	G. Rogers
Birno loco	F. Astaire
Margarita Gautier	Creta Carbo y Robert Taylor
El boilerista plateado	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Las dos niñas de París	C. Barghon
María Estuardo	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Los dos pilletes	James Tavel
Apuesta de amor	Gené Raymond
La vuelta de Arcenio Lu pin	Warren William
Forja de hombres	Mickey Rooney
Méstar Fioramosca	Gino Cervi
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
Bajo el manto de la noche	Edmund Lowe
El mundo a sus pies	Lily Pons
Seguirada en vida	A. Nazari
Una pareja invisible	C. Bennett C. Grant
La mujer sin alma	John Boles
El dominó verde	Danielle Darriux
Damas del teatro	Kath. Hepburn
El detective y su compañera	Zasu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Los defensores del crimen	Richard Dix
Una aventura de la Pompadour	Kate de Nagl
La última avanzada	Cary Grant
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	WIFE Birgel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Las vacaciones del juez Harvey	Mickey Rooney
Cupido sin memoria	Ann Sothern

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 pts.

La última falla	Miguel Ligeró
Gloria del Muncayo (Los de Aragón)	M. de Diego
La Dolorosa	Rosita Olaz
Rumbo al Caire	Miguel Ligeró
El octavo mandamiento	Lina Yegros
La reina mora	María Aries

La millona	R. de Sentmarat
Rinconcito moñeloso	P. G. Velásquez
María de la O	Carmen Amaya
McLinos de viento	Pedro Terzi
¡No quiero! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Alax	I. Argentina
El barbero de Sevilla	Miguel Ligeró
Carmen, la de Triana	I. Argentina
Esun tres hermanas	Lulita Cargallo
Suspiros de España	Miguel Ligeró
Bohemia	Emilia Aliaga
Don Fluripondio	Valeriano Leós
Melodía de arribal	I. Argentina
En busca de una canción	C. Gardel
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda rota	Miguel Ligeró
El crimen de medianoche	Juan de Orduña
Martingala	Ramón Pereda
Ráptema usted	Niño Marchena
Usted tiene ojos de mujer fatal	Celia Gámez
Tierra y cielo	R. de Sentmarat
Jai-Alai	Maruchí Fresno
¿Quién me compra un lio?	Inés de Val
La alegría de la huerta	Manujá Tomás
	Floza Sentacruz

NUESTRO TEATRO 1'50 pts.

Los intereses creados	J. Benavente
La tabernera del puerto	F. Romero y
Luisa Fernanda	Fernández Shaw
María de la O	León y Quiroga
Romance de Lola Muertes	L. F. Ardavin
El difunto es un vivo	Prada e Iquino
Los clavales	Carreño y Sevilla
Monena Clara	Quintero y Guillén
La del manejo de reses	Ramos de Castro y Carreño
La Malquerida	J. Benavente

BIOGRAFIAS DEL CINEMA

1'25 pts.

Imparcio Argentina
Miguel Ligeró

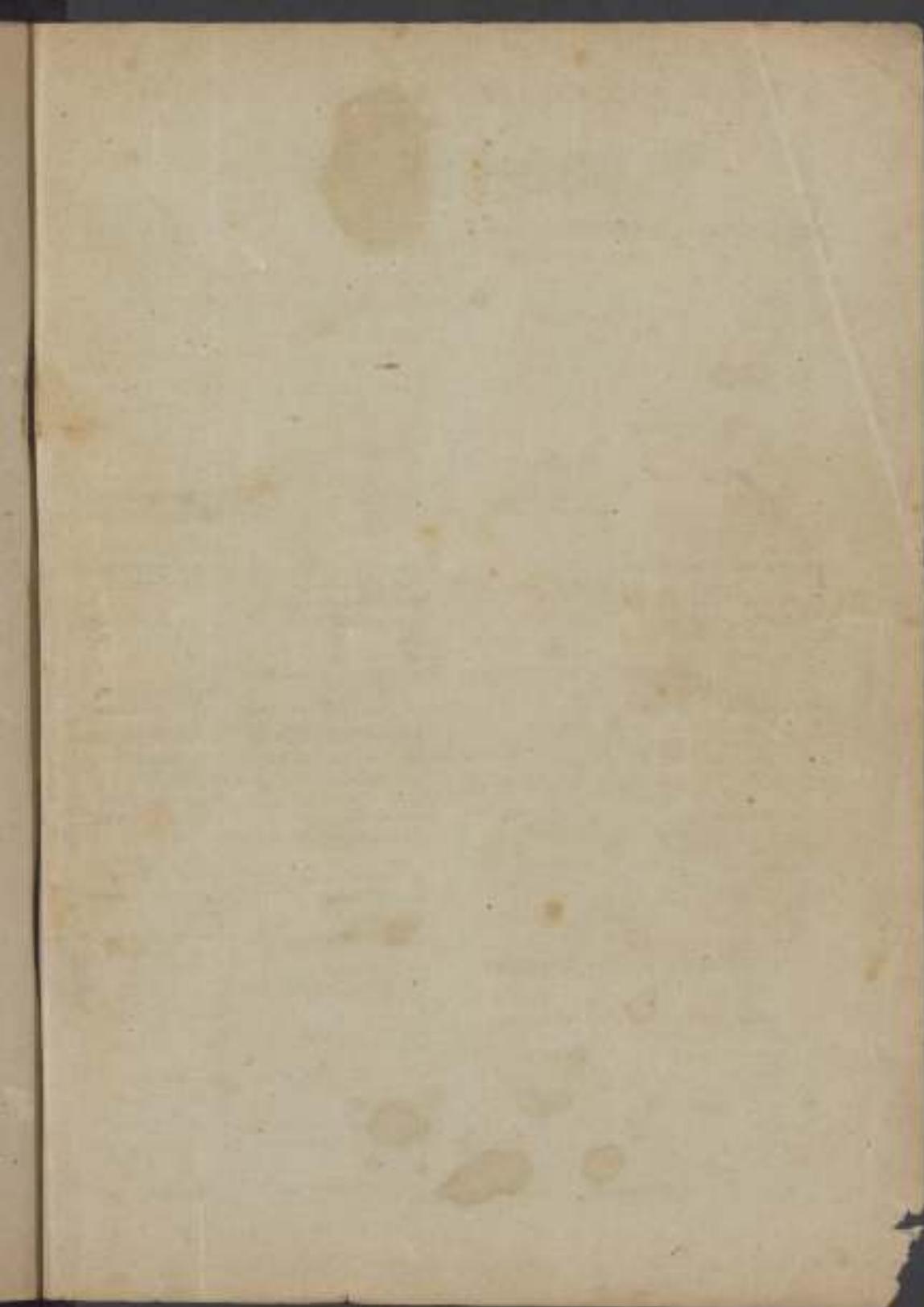
BIBLIOTECA VICTORIA

1 peseta

Las chékas de Barcelona (2.ª edición)

TRIBUNAS 2

EDITORIAL eALAS. - Apartado 707. - BARCELONA



Editorial APas

2 Ptas.